Leila Sucari

ADENTRO TAMPOCO HAY LUZ

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Adentro tampoco hay luz

Adentro tampoco hay luz

Leila Sucari

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Primera parte
    Temporada de moras
    Temporada de pomelos
    Temporada de frutillas

Segunda parte
    Primer trimestre
    Segundo trimestre
    Tercer trimestre

Sucari, Leila
Adentro tampoco hay luz / Leila Sucari. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2017.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-670-485-4
1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© 2017, Leila Sucari
Ilustración de cubierta: La Rubita, Serie Pajaritos en la cabeza, © Renata Schussheim

Todos los derechos reservados

© 2017, Tusquets Editores S.A.
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2017
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-485-4

A Simón

Cuando el niño era niño
alguna vez despertó
en una cama extraña,
y ahora lo hace seguido.
Muchas personas le parecían bellas,
y ahora, con suerte, sólo en ocasiones.
Imaginaba claramente el paraíso,
y ahora apenas puede intuirlo.
No podía pensar en la nada,
y hoy se estremece ante ella.

PETER HANDKE

PRIMERA PARTE

TEMPORADA DE MORAS
1

En el asiento de atrás hacía un calor insoportable. El viaje fue largo, me quedé dormida después de mirar por la ventana durante horas. Tuvo que despertarme el chofer, adentro no quedaba nadie. Afuera todo era campo y el sol del mediodía me hacía doler los ojos. La abuela no estaba. El colectivo se alejó por una ruta angosta y tuve miedo de quedarme sola para siempre. Me senté a esperar en la banquina. El alfajor que mamá me había guardado en la mochila estaba derretido. Chupé el papel y me ensucié los dedos.

Al lado mío había una familia de girasoles muertos, los pájaros aprovechaban para comer los gusanos que se juntaban entre las flores. Cruzando la ruta, un caballo flaco masticaba tierra. Se le notaban los huesos y estaba atado con alambre a un poste de luz. Me acosté y me puse a hacer pelotitas con pasto y saliva. En un momento aparecieron los pies de una mujer. Tenía las uñas rojas y las ojotas llenas de barro seco. Levanté la vista, el reflejo del sol no me dejó reconocerla. Ella también tardó en darse cuenta. Se quedó ahí parada sin hablar. Al rato sacó un repasador y se secó la frente. Vamos, dijo.

La casa no es como mamá me contó. No hay perros ni camas marineras. Unos bichos horribles me persiguen por todos lados y se me pegan al cuerpo. La abuela dice que la humedad los tiene a calzón quitado. Cuando llegamos, mi prima dormía. Ahora desayuna carne. Mastica con asco mientras la abuela le clava la mirada en los dientes y revuelve un mate lavado. Yo no quise comer, les dije que me había llenado con el alfajor.

Mi prima es hermosa y quiere ser vegetariana, pero la abuela no la deja. La obliga a comer carne y ella se traga las lágrimas y escupe sin que nadie la vea. Cuando crezca me gustaría ser como vos, le digo, y la abuela me pega con el repasador de flores. Me quiere fea y carnívora para no sentirse tan sola.

La abuela aplasta las bolsas que cubren la mesa, las hace un bollo y las tira al tacho de basura. Mi prima se levanta y se mete abajo de la ducha. En la cocina, la abuela tiene una colección de frascos de vidrio, dice que después de la siesta me va a enseñar a hacer dulce. Vos andá al cuarto con tu prima, si la escuchás llorar no te preocupes, le gusta armar escándalo para llamar la atención. A veces le pega una que otra

piña a la pared pero al final se cansa y duerme hasta la noche de corrido.

Dejo las zapatillas sucias afuera y me acuesto en el colchón que hay en el piso. Odio las siestas, le hago caso porque mamá me lo pidió mil veces, igual no pienso dormir. Mi prima entra envuelta en una sábana mojada, tapa la luz que entra por la ventana con una tabla de madera y me da la espalda. No llora, ni nada. Se queda el día entero acostada, por eso la abuela cree que está enferma y que tiene que comer toda la carne del mundo.

2

Tardé menos de una semana en aprender los nombres de los árboles. Hay tres eucaliptos, una higuera gigante, pomelos, moras, un nogal y otros largos y flaquitos que la abuela les dice yuyo del diablo porque crecen por todos lados. Al sol no pude aprovecharlo porque llovió desde el segundo día. La abuela dice que nunca vio caer tanto sorete de punta. Yo le digo que en la ciudad decimos suerte, pero no le interesa y sigue diciéndolo mal.

Desde que llegué al campo me despierto todas las madrugadas con el grito del gallo. El pobre extraña a sus hijos. La abuela es una vieja mala que se los roba. Dice que no tiene hambre pero en realidad guarda espacio para los pollitos. El otro día la vi matar a un recién nacido. Le quebró el cuello y se metió el cadáver en el pelo para disimular. Los dos eran de un rubio exagerado. Cuando escucho que el gallo empieza a cantar, me tapo los oídos e intento seguir durmiendo. Pero es imposible, es un animal exigente. Y lo peor es que no pierde la esperanza. Insiste con los gritos aunque nunca le hayan devuelto una sola pluma.

La abuela se despierta con un aliento inmundo. Me prepara leche tibia con pan mojado. Después toma mate con la vecina y se dedica a hablar mal de mi prima. Cuando me abraza me tapo la nariz para no sentirla. Creo que se está pudriendo de a poco. Un día va a ser una uva seca y las gallinas la van a picotear.

Mamá dijo que en dos semanas venía a buscarme. Ya pasó un mes y todavía no sabemos nada. Al principio me gustaba que no volviera, ahora me cansé de tantas vacaciones. La abuela dice que me acostumbre porque no está en los planes de nadie que vuelva a la ciudad. Pero yo no quiero vivir acá, extraño mi casa y además el campo a la noche no me gusta. Es demasiado oscuro.

3

Hoy nacieron tres pollitos, todavía no tienen plumas ni ojos. Son horribles pero la abuela está contenta. Mientras lava los platos salgo sin hacer ruido y busco en el gallinero los huevos que quedaron. Encuentro sólo uno. Está caliente y manchado de caca. La gallina que lo cuida intenta picotearme las uñas pero le doy con un palo en la frente y escondo el huevo en mi remera. Me mira atontada y se resigna sin pelear, es una mala madre.

Vuelvo a casa y lo pongo en la almohada de la abuela, entre la funda y el relleno. Cuando se acueste a rezar se le van a reventar las ideas. Como cree en dios, va a pensar que es un castigo divino. Imagino su cara arrugada, la cáscara quebrándose en la cabeza y el pelo amarillo pegoteado en la sábana blanca. Lo hice para que aprenda. Nunca más va a matar a los hijos del gallo, va a ser una señora gorda y suave que nos lleve el desayuno a la cama. Mi prima lo va a agradecer y me va a contar el secreto para ser como ella. Vamos a ser una familia de mujeres felices que comen lechuga.

Voy a la cocina con la excusa de tomar agua. La abuela sigue lavando. Habla sola mientras le pasa la esponja una y otra vez al mismo plato. Dice que me vaya a la cama, que no son horas de andar dando vueltas. Le digo que sí y le beso los dedos. Qué lindas uñas, abu. Se le escapa una sonrisa. A dormir, nena, que es tarde.

Espero con los ojos abiertos. Mi prima duerme en el piso desparramada sobre un acolchado viejo. Al rato escucho un grito de la abuela. Sus palabras retumban en las paredes mientras se acerca a nuestro cuarto. Me hago la dormida. La abuela entra y dice pendeja malcriada. Le habla a mi prima. Entreabro los ojos y veo su cuerpo gigante que se tambalea de la bronca. Mi prima la mira con cara de china y no le dice nada. Pienso que la abuela va a matarla, pero no. Se agarra el pelo de paja y escurre los pollitos líquidos sobre el acolchado. Después cambia el tono de voz y le dice que salga de la habitación. Mi prima balbucea y obedece. Yo transpiro debajo de la frazada. Tengo miedo pero no me animo a decir la verdad. Siento la garganta llena de plumas que me pinchan.

4

Mi prima pasó la noche cortando el pasto con una tijera, ese fue su castigo. Yo no pude dormir, me quedé inmóvil respirando la humedad de la habitación. Volvió a la madrugada, pálida, con las uñas llenas de tierra y la tijera negra apretada contra el pecho. Nos miramos con vergüenza y se acostó. Su cuerpo largaba un vapor suave que olía a pasto mojado. Tuve ganas de besarle los dedos y de pedirle perdón, pero no me animé. Me levanté despacio, temblando de susto, y corrí descalza al gallinero. No había más huevos.

Junté un puñado de margaritas y sorprendí a la abuela en la cocina. Me sentó sobre sus piernas con un tazón de leche caliente. La nata flotaba como una isla de mocos. La miré fijo durante un rato largo. Quería tragarla con la vista, que desapareciera. Estás ensoñada, dijo la abuela, y me besó la frente. Tenía los labios secos y fríos. Se quedó pegada a mi piel, como queriendo absorberme las ideas, y adivinó que volaba de fiebre. Pero no era fiebre, ardía en un delirio de culpa y emoción. Mi prima era hermosa y se había roto las uñas por mí.

La abuela me armó una cama en la cocina. Puso cartones en el piso, después un acolchado grueso y sábanas blancas. Cubrió todo con flores de lavanda recién cortadas. Dijo que tenía que estar ventilada y lejos de mi prima. Pasé el día durmiendo. De vez en cuando abría los ojos y veía sus tobillos desnudos ir y venir. La abuela tenía las uñas pintadas y miles de venas violetas que parecían a punto de explotar. Eran ríos que hervían y hacían fuerza por liberarse de su cuerpo gordo y pesado. Quise apretarle los pies hasta romperlos y llenar la casa de su líquido. Pero me sentía muy débil y apenas llegaba a rozarle los talones. La abuela se agachaba con torpeza y me besaba, creía que le hacía caricias desde mi lecho de muerte.

Me desperté transpirada y con una rama de lavanda debajo de la lengua. Estaba todo oscuro y se oían los ronquidos de la abuela. Eran el motor agitado de un camión viejo a punto de fundirse. Me tragué el remedio casero y caminé en puntas de pie hasta la caja de herramientas. Mi boca tenía sabor amargo. Escondí una pinza debajo del camisón y me encerré en el baño. Giré varias veces el pico quebrado de la canilla y el agua empezó a correr. Estaba helada. Tapé el agujero de la cañería con papel higiénico, hundí la cabeza y conté hasta que la bañera se llenó. El frío me endurecía el cuerpo, me hacía sentir fuerte. Cerré los ojos y volví a hundirme.

En casa me gustaba darme baños de inversión, hacer burbujas y escupir el agua contra los azulejos. Cuando hacía eso, mamá tiraba una moneda y pedía un deseo. Nos reíamos juntas hasta que yo me emocionaba demasiado y le empapaba el vestido. Entonces se enojaba, sacaba el tapón de la bañera y me mandaba a mi cuarto. Por un momento la extrañé. Quise estar en casa, mirar la tele en su cama y comer hamburguesas con papas fritas. Pero recordé las noches que me dejaba sola para ir a esas reuniones eternas y su obsesión por hacerme aprender de memoria los chacras del cuerpo humano; y me dio bronca. Entonces el deseo lo pedí yo: que mamá no vuelva nunca.

5

Mi prima se tapó con una toalla mojada y se fue a dormir la siesta. Parece una momia. La abuela se abanica con un diario y lanza comentarios sofocados al aire. Que nunca se ha visto algo así, que dios quiera que llegue la bendita niña.

Imagino a una niña hermosa como mi prima, entrando a la casa con un vestido largo hasta los pies y trayéndole un ramo de flores a la abuela. Ella las pondría en su altarcito y las rociaría con agua, las dos bailarían tomadas de la mano como si fueran a casarse. ¿Cuántos años tiene la niña?, le pregunto. La abuela ríe con fuerza y me despeina. Ay, esa cabeza, la niña es una tormenta, dice. No sé qué responder, la abuela me mira y no para de reírse. Creo que el calor la volvió loca.

La hora de la siesta no termina nunca. Sólo se oyen las moscas y cada tanto una libélula que llena de esperanza la boca de la abuela. Cada vez que ve uno de esos bichos con forma de palito empieza a decir que gracias a dios, que al fin la escuchó, que santificado sea su nombre. Tu madre nunca creyó en nada, por eso terminó así, dice en medio de su delirio. Y se queda callada otra vez, esperando una nueva aparición que sirva como excusa para hablar mal de mamá.

Como no sé qué hacer, miro dormir a mi prima. Tiene la boca entreabierta y respira despacio. De sus ojos cerrados se escapan las patas de la araña que vive dentro de su cabeza. Se mueven de un lado al otro intentando encontrar la salida. Sueña con víboras que se ahogan. No debe ser lindo estar atrapada en su cerebro. Yo, en cambio, nunca sueño nada. Prefiero su laberinto lleno de insectos antes que mi cabeza vacía. Tal vez si la miro fijo durante mucho tiempo pueda hacer que mis pestañas se transformen en las patitas peludas de un animal como el suyo.

La abuela dice que la deje tranquila, que la voy a ojear. Estoy aburrida, le digo. Me da un sombrero y unos billetes arrugados que saca del corpiño. Pregunta si me animo a hacer los mandados. Acepto y ella dice que soy la nena más buena de todas. La cara de la abuela es un bollo de masa húmeda que no para de leudar. Antes de salir, me moja la nuca con agua fría y dice que con el vuelto me compre caramelos.

6

La calle es de polvo. Una tierra seca y gruesa que está muerta de sed. Ya viene la niña bendita, le digo, vos aguantá. El calor me prende fuego los cachetes. Un perro sucio de pelo crespo me sigue. Tiene una garrapata en la oreja. A cada rato para y se rasca con la lengua afuera. Lo espero haciendo de cuenta que me ato los cordones. Siempre quise tener un perro, en casa no podíamos porque no había lugar. En realidad esa era la excusa de mamá, la vecina vivía en un departamento más chico que el nuestro y tenía un labrador. Era insoportable. Si lo acariciabas se hacía pis encima de la emoción. Nunca nos llevamos bien.

El almacén es un rancho de barro del tamaño de mi cuarto. Adentro, una señora floreada sonríe. Hay leche, álbumes de figuritas pasados de moda, naranjas, arroz, peluches y hasta un ventilador con un cartel que dice oferta del día. Todo está cubierto de polvo. Todo menos la señora, que se barre la cara con un abanico chino.

El vuelto me alcanza para un puñado de galletitas sueltas. La señora le manda saludos a la abuela. Desconfío de su vestido feliz y del vaso de jugo tibio que me da con una sonrisa exagerada. Además tiene un pájaro encerrado en una jaula y mamá una vez me dijo que la gente que tiene pájaros es de baja conciencia. Vos que sos tan chiquita necesitás protección, dice. Acá andan muchos con envidia de juventud. Se arranca una cinta roja de la muñeca y me acaricia el pelo como si fuera el lomo de un caballo. Guardo el regalo y salgo corriendo. El perro viene conmigo.

Damos vueltas sin saber adónde ir. No quiero volver a casa. Quiero que la abuela se preocupe y se castigue por haber confiado en mí. Abrazo al perro y con una rama de eucalipto pincho el caparazón de la garrapata. La sangre me mancha los dedos pero el insecto no muere. El perro grita. Corremos. Todo alrededor está detenido menos nosotros. La transpiración me borra las ideas, dejo de pensar. Soy un cuerpo que avanza. Nos metemos en un descampado y vamos hasta un árbol de moras. Descanso bajo la sombra mientras el perro duerme en un agujero que él mismo hizo. Arranco los frutos y los mastico sin apuro. Se me pintan las manos de violeta. Cuando se hace de noche, volvemos. En el horizonte los rayos chocan contra el pasto.

La casa está vacía. Es raro porque a esta hora la abuela prepara la

cena y mi prima se encierra en el baño para mirarse al espejo. Seguro salieron a buscarme. Aprovecho que estoy sola y dejo entrar al perro. Se revuelca en la cama de la abuela mientras busco una olla para darle agua. En la pileta de lavar los platos hay un repasador con manchas oscuras. Abro la canilla y la loza empieza a cubrirse de rojo. Me quedo mirando los dibujos que se forman y se escurren por la cañería. Un bicho de luz entra por la ventana y gira sobre mi cabeza. Voy al cuarto, el perro ya no está. Me escondo debajo de las sábanas y empiezo a morderme las uñas. Afuera caen las primeras gotas.

7

La abuela llegó tarde. Tenía los ojos hundidos y la cabeza escondida en el pecho. No dijo nada, me acarició sin mirarme y se acostó en el sillón. No me animé a preguntar por mi prima. Al día siguiente seguía lloviendo. La abuela me preparó una taza de leche caliente pero se olvidó de ponerle pan. Se sentó con una caja de zapatos sobre las piernas y desenredó collares viejos. Le pregunté si necesitaba ayuda y me mandó a bañar. Agujereé el jabón blanco con la navaja de afeitar que era del abuelo y caminé desnuda por toda la casa, marcando las baldosas con los pies mojados. La abuela estaba tan enojada que ni siquiera me retó. Fruncía la cara y las arrugas le tapaban los ojos. Había envejecido de pronto.

Pasaron varios días hasta que mi prima volvió. La abuela estuvo mirando por la ventana y quejándose del clima, parecía nerviosa aunque no decía nada. Yo me aburrí muchísimo y me dediqué a comer moras y a teñirme la piel. Tuve miedo de que ella también se fuera lejos igual que mamá. Cuando el auto que la trajo estacionó frente a la tranquera, la abuela estaba en el gallinero. Corrí a buscarla para que la recibiéramos juntas. Mi prima tenía una bolsa en la mano y los labios separados. Caminaba despacio, blanda, como si estuviera a punto de caerse. La abracé y me respondió con una mueca, la boca torcida hacia un costado. La abuela la arrastró a la cama y se fue a la cocina. Escupió contra un repasador y se puso a desplumar un pollo. Las patas flotaron en el agua hirviendo y la casa se lleno de olor a muerte y perejil. Almorzamos sin hablar. La sopa estaba agria y mi prima tenía un hilo de sangre seca en la venda.

La vecina llegó con un puñado de hierbas para el mate y un frasco de dulce de higos. Me estampó un beso en la frente y me mandó a jugar afuera. La abuela parecía sonámbula. No hablaba y tenía dos huecos negros en la cara. Me senté en la puerta y encontré un bicho bolita. Lo empujé con la uña y lo hice rodar hasta chocar contra la pared. Después, cuando tomó confianza y volvió a ser un insecto estirado, lo obligué a subir a una hoja de parra y de nuevo empecé a pegarle y hacerlo rodar.

La vecina fuma, habla, tose y mastica higos. Le dice a la abuela que hubiera sido mejor dejarla ahí, que si es una insolente para qué seguir dándole un lugar, que todo es culpa del paisano, que nunca tendría que haber aceptado a esa chica, que la locura viene por sangre. El

bicho bolita no se mueve. Mamá decía que los animales se hacen los muertos cuando tienen miedo. Mi prima debe tenerle miedo a la abuela. La abuela es una mujer envidiosa y no soporta que ella sea tan linda. Aplasto al bicho bolita contra la uña. Le sale un líquido pegajoso, no tiene sangre. Es vegetariano, como mi prima.

8

La abuela me abraza. Hoy vas a dormir conmigo, dice, una siesta en el sillón. Cuando venga tu mamá la vamos a mandar a mudar y todo va a ser tuyo, vos quedate tranquila que no voy a dejar que te robe nada. La abuela escupe saliva cuando habla. Me besa, me peina con los dedos y se traga los mocos. Yo la miro y veo cómo le crecen las arrugas. La piel de la cara se endurece y se quiebra como la tierra en verano. La abuela se desarma. Miles de pelos y pliegues de carne volando por la cocina. Sigue hablando. Es una boca sin cuerpo, rodeada de huesos y de órganos viejos. La abuela se va a morir y no se va a dar cuenta. Es tan gorda que se cree infinita.

Me desprendo de sus manos húmedas. El ronquido no me deja dormir. El interior de la abuela es un tren lleno de chanchos que van al matadero. Me da asco. Camino despacio a nuestra habitación. La luz del velador está prendida. Espío a mi prima a través de la ranura de la puerta. Está sentada frente al espejo. Lo besa. Le pasa la lengua como si tuviera hambre. Tiene las tetas hinchadas y se las aprieta con las dos manos. Se muerde las muñecas y después las envuelve con la venda manchada. La miro en silencio. Tengo el cuerpo rígido y las palabras atascadas. Me mira a través del espejo y se ríe. Se muerde los labios.

Vuelvo al sillón caminando en cuatro patas, me oculto entre las sobras del estómago de la abuela y cierro los ojos. Pienso en lo que dijo la vecina, eso de que la locura está en la sangre. Las mujeres de mi familia están locas, pero yo tengo la sangre de mi papá. Él es un hombre fuerte. Algún día lo voy a conocer y le voy a decir gracias.

9

La abuela hunde el puré en una montaña de harina. Rompe un huevo y aprieta la masa como si quisiera ahorcarla. Después la estira y la acaricia con sus pulgares deformes.

Los ñoquis son mi comida preferida pero ella no lo sabe. La abuela moja la pasta con agua caliente, le agrega maicena y la asfixia. Todo su cuerpo está concentrado en ese movimiento de apretar y soltar, ahogar y revivir. Mirarla me da sueño. Es un barco enorme que se mece, que duda. No sabe si seguir latiendo o si aplastarse de lleno contra la mesada de la cocina. Listo, ahora tiene que respirar, dice y tapa su obra con un repasador gastado. La masa es un corazón sin arterias, mudo e inútil. Pero la abuela está orgullosa.

Comemos en silencio. Mi prima revuelve los ñoquis, les clava el tenedor y los deja en el plato. Comé, no seas desagradecida, le dice la abuela. Ella los corta en pedacitos y se los mete en la boca. Mastica mostrando los dientes. La mira fijo con los ojos desencajados. Desde que volvió, mi prima es otra. Antes disimulaba, ahora su odio es transparente. Qué mocosa malcriada, grita la abuela levantándose de la mesa. No sos capaz de agradecer el plato de comida que te doy, atrevida. La abuela deja que las palabras salgan como una catarata. Mi prima la mira sin decir nada, se le infla la nariz de la bronca. ¿Sos un toro sin lengua que no hablás?, dice la abuela con las manos pegadas a la frente. Mi prima, con toda la elegancia del mundo, hace una reverencia y se retira de la mesa. La abuela se encierra en la cocina y se pone a lavar sartenes. Me quedo sola. Como de los tres platos. Los ñoquis están riquísimos.

10

El aromo está lleno de florcitas amarillas. Arranco un puñado y se me deshacen en la mano. La abuela dice que es una planta maricona que no sirve ni para centro de mesa, pero a mí me encanta. Cuando venga mamá vamos a hacer un perfume con las flores y algunas frutas para llevarnos de recuerdo. Me dijo la abuela que llega en tres días, ojalá sea cierto. Debe estar con el pelo más largo, le voy a pedir que me deje cortárselo antes de volver a casa. La abuela tiene unas tijeras para los huesos de pollo que son geniales. Las esconde por mi prima, pero yo sé dónde están, las encontré un día en el cajón donde se guardan los fideos.

La abuela me llama de un grito. Dejo las flores sobre una rama y voy a la cocina. A ver si aflojás con el paveo y me ayudás a limpiar, dice, y me da un trapo desteñido. Sin asco, nena, tenés que mojar la punta con agua y limón y pasar con fuerza. La imito. Ella lo hace rápido, y en el movimiento de bajar y subir por los azulejos, la carne blanda del brazo se le transforma en una gelatina elástica. A la abuela le encanta limpiar la cocina. Hace calor y la transpiración le dibuja líneas de agua en la cara. A veces pienso que se va a derretir. La grasa que le cuelga del cuerpo va a quedar pegada al piso. La abuela va a ser una mancha caliente en medio de la cocina. Un volcán después de la erupción con una peluquita rubia encima.

Cada tanto saca la lengua y se chupa su propio líquido. Creo que ni siquiera se da cuenta, lo hace rápido mientras estruja el trapo sucio. Cuando llegue mamá se va a sorprender de lo brillantes que están los azulejos. Parecen de hielo. Quedaron tan blancos que hasta puedo mirarme como si fueran un espejo. La abuela dice que soy un narciso y yo le agradezco. Aunque si fuera una flor creo que sería una de esas silvestres que crecen solas en el pasto.

11

Hoy viene mamá, espero que llegue antes de que oscurezca así vamos juntas a buscar moras. Le va a gustar cuando le muestre el árbol gigante y le pinte los labios de violeta. La abuela dice que tengo que ser firme y decirle que no voy a ir a ningún lado. Parece que mamá tiene novio y que llegan juntos porque él nos quiere conocer. Estoy sentada al costado de la calle esperando que aparezcan. Seguro el novio tiene auto y me trae un regalo. Ojalá sea un perro. El último hombre con el que salió mamá me caía bien, pero ella lo dejó porque no le gustó que se tiñera el pelo. Siempre quiere ser la única en todo.

La abuela dice que va a conseguirme una vacante en el colegio del pueblo y que voy a vivir con ella hasta que se muera. Quiere que aprenda a maquillarla y que le prometa dejarla linda para su entierro. Insiste en que le cierre bien los ojos y le pinte las uñas de bordó. Si te quedás vas a ser una princesa, yo te dejo todo. Por tu prima no te preocupes que dentro de poco se va y vamos a ser nosotras dos solitas. A veces la abuela me asusta, tiene demasiada esperanza en mí. No se da cuenta de que odio la idea de pintarla. Además supone que va a ser una muerta presentable, pero qué pasa si se le cae una olla de agua hirviendo encima o si la ataca un perro con rabia. Yo no voy a rearmar un cadáver deshecho.

Mi prima me hace gestos desde la puerta de casa, se puso un camisón blanco que encontró en una caja de cosas viejas. Parece un fantasma pero es tan hermosa que no le da miedo a nadie. Los vecinos pasan en sus motos, le tocan bocina y chiflan como cigarras en celo. Ella, cuando está de buen humor, les muestra una teta. Tiene los pezones duros y rojos. Los míos todavía son rosas. Ahora levanta el brazo. Está la comida, grita. La miro y no respondo. Viene a buscarme. Camina despacio, como si le pesara el cuerpo. Me agarra la mano y me dejo llevar. La abuela preparó sopa de pollito bebé, dice en voz baja.

Después de comer, ellas se acuestan. El polvo hace remolinos en la calle mientras duermen la siesta. Arranco margaritas, las ato y formo una corona. Ahora soy la reina. Tal vez mamá no vuelva y yo sea la única descendiente. Voy a transformar la casa de la abuela en un castillo de animales abandonados. Voy a vestirlos con ropa de la muerta y mi prima va a prepararnos tortas de frutas. A la noche vamos a subir al techo. Los perros van a aullar como lobos y yo voy a

imitarlos.

El sol me lastima los ojos y mi corona está marchita. La aprieto hasta deshacerla. Tengo ganas de llorar y no sé por qué. Me escondo en el gallinero, pasa el tiempo, empieza a oscurecer. Miro a los animales, caminan de un lado al otro picoteando cereales entre su propia mierda. En cualquier momento puede venir la abuela y quebrarle el cuello a uno delante de toda su familia. Me gustaría enseñarles a usar las alas para que se vayan lejos, que vivan en los árboles y escupan a las viejas carnívoras. Pero tienen el cuerpo atrofiado. Las alas son un adorno inútil. Las abren con todas sus fuerzas y sólo consiguen sacudirse el polvo. Su destino está en una cacerola oxidada. Las madres empollan hijos que la abuela roba cuando sale el sol. El desayuno tiene que tener proteínas. Son tontos, se les nota por los ojos de vidrio y porque nunca se animan a levantar la vista. No conocen la existencia de los pájaros. Siguen caminando en círculo y picotean la basura con desesperación. La mirada fija en esa mezcla de barro, insectos y mugre. Si tuvieran cerebro romperían el alambrado y se dejarían comer por los perros. Quiero abrazarlas, meterme adentro de un huevo tibio y cubrirme de plumas.

12

Mamá llegó a la noche y nos despertó con aplausos. Le colgaban bolsos de todo el cuerpo. El novio estaba descalzo. Casi no se le veía la cara por la barba. Entre los pelos le sobresalía un ejército de dientes amarillos que el labio superior no lograba ocultar.

Habían caminado desde la ruta, venían desde lejos en un camión de harina. Se comieron los restos de sopa del almuerzo como dos animales hambrientos. La abuela le dijo a mamá que parecía una pordiosera. Mi prima no se levantó de la cama. Cuando terminaron de comer, mamá tiró los bolsos en un rincón y me dijo hola, hermosa. Tenía olor a humedad y a transpiración. Sacó del bolsillo una piedra naranja y me la puso en la cabeza. Esta es mágica, hijita, la traje para vos. Parecía una piedra de plaza común y corriente, pero por las dudas sonreí y la guardé. Mamá y el novio barbudo llegaron de una campaña de alfabetización. Van unos días a enseñarles a los pobres y no se ocupan de sus propios hijos, a eso le llaman ser solidario, sucios sin vergüenzas, dijo la abuela en voz alta para que todos la escucháramos. Y se fue a dormir en medio de una queja que se apagó de a poco.

Ahora el novio se afila los dientes con una pata de pollo mientras mamá le sacude la harina que tiene pegada en la espalda. Le sopla la nuca y los huesos de la cara se asoman como dos piernitas raquíticas a punto de romperse. Yo los miro y los imagino vestidos con ropa limpia, sin pelos y con grasa en los cachetes. Dos humanos gordos y alegres. Con un auto brillante y un perro en el asiento de atrás.

Se tiran al sillón y chocan las lenguas. Les cae baba por la comisura de los labios y se la limpian con besos ruidosos. Ella abre las piernas y él se sienta en el medio. Mamá le hace nudos en el pelo y le clava una aguja entre los rulos hasta dejarlos compactos. Los pies del novio son negros y las uñas dan una vuelta sobre sí mismas. Fuma y hace círculos perfectos con el humo. Mamá le acaricia el pelo y le promete llevarlo a recorrer el campo. Él se ríe y tira las cenizas al suelo. Yo me volví invisible. Camino al baño en puntas de pie y me lavo los dientes hasta hacerme sangrar las encías.

TEMPORADA DE POMELOS
1

Hace tres semanas que tendría que haber empezado el colegio. Pero mamá dice que hay prioridades y que voy a rendir libre a fin de año. La abuela me había anotado en la escuela del pueblo, el problema fue que a mamá no le gustó que sexto y séptimo grado estuvieran juntos. Dijo que la pedagogía era lamentable y que su hija no iba a recibir esa educación de cuarta con maestras del siglo pasado. Ahora me enseña ella con sus programas del proyecto de alfabetización. Pero es aburrido, y además mientras me explica habla con el novio de cualquier cosa o aprovecha para escarbarle los pelos de la barba.

La abuela se enojó y le dijo a mamá que era una egoísta, que no me mandaba a la escuela sólo porque no quería levantarse temprano y que me iba a arruinar la vida. Mamá le contestó que no vamos a volver a la ciudad hasta que ella no entregue la herencia. Está convencida de que el abuelo dejó un montón de plata y que con eso nos vamos a salvar. Mientras, se dedica a no hacer nada. El novio dice que está atravesando un proceso de purificación y desapego. Se levanta a la madrugada y camina en calzoncillos por todo el terreno hasta que un árbol lo llama. Después se sienta sobre la escarcha y cierra los ojos. Se transforma en una estatua peluda y espera a que salga el sol. A veces reza palabras en otro idioma y hace sonidos raros. Vuelve con los pelos erizados del frío y se acuesta a dormir enredado como una víbora a las piernas de mamá, hasta que la abuela los despierta pinchándolos con la escoba.

Los lunes me pongo el despertador a las seis de la mañana, tengo que madrugar para llegar a ver el desayuno de las vecinas. A esa hora la abuela duerme con la boca abierta y le silba el pecho a todo volumen. Pensaba que tenía un pájaro atragantado, pero un día escuché a mamá diciéndole al novio que la vieja sufría de un problema respiratorio y que no había que preocuparse porque mucho tiempo no le quedaba. Mi prima recién se acuesta. Pasa toda la noche dibujando con tinta china. Hace miniaturas llenas de redondeles y púas. A veces también dibuja su cara pero deforme, con dientes demasiado grandes o pelos de palmera. El otro día la abuela agarró unos dibujos y los tiró a la basura. Le dijo que haga algo útil y que la noche era para dormir, no para perder el tiempo y gastar servilletas.

La mayoría de las veces el reloj no llega a sonar, los domingos antes de dormir repito a las seis, a las seis, a las seis. Y a las seis menos dos minutos abro los ojos. Primero saco la ropa de abajo del colchón. La guardo ahí para que nadie se dé cuenta y, además, porque es la única forma de mantenerla planchada. Voy corriendo al baño y me pongo la camisa blanca. Se la robé al barbudo. Tenía manchas pero lo solucioné con lavandina. Quedó como nueva. Le escribí mi nombre con lapicera negra y abajo puse séptimo grado en letra cursiva. Las medias son de mi prima. Les pegué una tirita de encaje que saqué de un corpiño de la abuela.

Una vez que estoy vestida, me mojo el pelo y lo aplasto con la mano hasta dejarlo bien lacio. Cuando logro domarlo, me hago dos trenzas tirantes con un nudo al final para que no se desarmen y salgo con mi cuaderno.

Camino rápido porque son una familia muy puntual. A esa hora los pájaros cantan y los colores de los árboles se ven mejor que nunca: amarillos, naranjas y verdes sobre un cielo rosado. Cuando sea grande quiero vivir en un lugar donde sólo exista el otoño.

Al principio me costaba treparme al árbol y me llenaba el cuerpo de arañazos, pero ahora me acostumbré y subo en tiempo récord, no quiero perderme de nada. El lugar es perfecto, desde arriba puedo mirar todo sin que nadie me vea. La casa es una pecera, tiene ventanas de vidrio gigantes. La abuela dice que no usan cortinas porque son gente moderna. Ellas son tres. Todavía están en pijama. La mamá les prepara una taza de chocolate caliente y les hace trenzas mientras toman la leche. Tienen el pelo lacio por naturaleza y cintas azules en vez de nudos. Me da bronca que nunca se les escape ni siquiera un mechoncito. Miro sus trenzas y pienso que por suerte no pueden verme. La mayor tiene más o menos mi edad. Lo sé porque un día llegué antes de que se levantaran y vi cómo la mamá le bordaba la palabra sexto grado en el guardapolvo. Lo mejor son los mocasines, los tres pares iguales y bien lustrados.

Cuando se acaba el desayuno, el papá, un hombre prolijo que usa la corbata ajustada, carga las mochilas en el baúl de la camioneta. Ellas se pelean por ver quién sube primero. Veo cómo se alejan haciendo de la calle una nube de polvo gigante. Anoto quién se levantó antes, cuál tenía las trenzas más lindas y todo lo que pasó durante la mañana.

La mamá sacude las fundas que cubren los muebles y las vuelve a poner en su lugar. Después toma café y espera. También se pinta las uñas, pero nunca le gusta cómo quedan y se saca el esmalte apenas termina. Ella también es prolija y quiere que esté todo lindo y perfecto, las chicas tienen suerte.

Antes de irme, elijo algo de la casa y lo dibujo en la carátula de objetos de familia. Hoy copié el sillón. La vuelta a casa es aburrida

porque los pájaros ya no están y los árboles se tiñen de un mismo color.

2

La abuela me pidió que sacara las frutas maduras. Hoy es su cumpleaños y quiere regalarse una torta. Sabe que si no la hace ella nadie va a hacer nada. Mamá está masajeando los pies del novio mientras él reza y canta en ese idioma que no entiendo. Me dijo en secreto que está a punto de ser un iniciado y que yo debería aprender sus técnicas si no quiero terminar gorda y tacaña igual que la abuela.

El árbol de pomelos está lleno de mundos amarillos. Nunca había visto frutas de ese tamaño, son casi como mi cabeza. Arranco uno y lo aprieto hasta agujerearlo. El jugo se desparrama por mi mano y me chupo los dedos. Es agrio pero me gusta. Me invade la nariz de un perfume cítrico y potente. Vuelvo a apretar y el mundo se quiebra en mi mano por segunda vez. Muerdo un pedazo, mi boca se despierta. Devoro la pulpa, la absorbo y mastico dejando que el líquido forme un río entre mis labios y mi cuello.

Cuando no queda nada separo la cáscara en dos mitades y me hundo en una de ellas, la aplasto contra mí como si fuera un antifaz que pudiera pegarse a mi piel y hacerme otra. Desaparezco en la textura fría y húmeda del pomelo. Te vas a quedar ciega, nena, grita la abuela. Me desprende de mi nuevo pellejo y me empuja a la tierra. Al final en esta casa no se puede pedir nada, dice, y corta dos ramas que desbordan de frutas en equilibrio. Se aleja balanceándolas mientras yo me limpio las manos con el pasto todavía mojado por el rocío.

La vecina llegó a las cuatro de la tarde. Tenía un vestido a cuadros y un par de zapatos nuevos. Venía caminando desde su casa con un chancho gigante que arrastraba por el medio de la calle de tierra. Me dio un beso con ruido y puso mis manos sobre el animal. Sostené a Flora, no la sueltes, dijo. Olía a colonia, la misma que usa mi prima para perfumarse después de un baño de inmersión. La chancha tenía la piel cubierta de pelos que apenas se veían. Pensé en subirme al lomo y dar un paseo por el campo, pero no quise parecer una nena y me quedé quieta esperando sus indicaciones. La mujer se soltó el rodete y ató la cinta roja al cuello de la chancha. Ahora, sí, tu abuelita va a estar feliz, dijo. Le faltaban algunos dientes pero tenía la sonrisa de una chica joven y hermosa como mi prima. Le apreté la mano y fuimos juntas a la cocina.

La abuela estaba sentada frente a la torta recién salida del horno. Feliz cumpleaños, querida, mirá lo que te traje. Está preñada y las

crías son todas tuyas, para que no pases carencias. Con uno solito que me engordes está bien, le dijo, y le entregó a la chancha de moño rojo. A la abuela se le llenaron los ojos de hambre. Abrazó a la amiga como nunca vi abrazar a nadie. Vos sí que sos familia, tendrías que dejar al borracho de tu esposo y venirte a vivir acá, le dijo, y las dos se rieron como si fuera un chiste. A la Flora me la traés de vuelta, que ella no sirve para puchero, dijo la vecina dándole a la chancha un golpecito en la panza. El animal nos miraba con los ojos muy abiertos y movía la boca de un lado al otro, creo que intentaba decir algo.

Mientras la torta se enfriaba, la vecina maquilló a la abuela. Dijo que había que arrancar el año a todo trapo y que si la vejez llegaba, mejor que no se notara. Le puso una capa de polvo marrón sobre las grietas de los cachetes, lápiz de labio rojo en la boca y pintura verde en los párpados. La abuela me besó con un entusiasmo exagerado y me dejó la frente tatuada. Así quiero que aprendas a pintarme cuando esté en el cajón, mamita, dijo, y me mandó a buscar una vela para los deseos.

Mi prima se había levantado y se paseaba en camisón mostrándole el culo a la chancha. Mamá prendía la salamandra y el novio se pasaba la lengua por los labios como un perro con sed. Te vas a paspar nene, le dijo la vecina. Él le clavó la mirada en el hueco de los dientes y dio un salto del sillón a la mesa. Nos sentamos alrededor de la abuela y cantamos el feliz cumpleaños. La vecina gritaba bravo y tiraba gotas de vino al aire. ¡Alegría, alegría!

Después de los aplausos, mamá sirvió la torta. Le dio un mordisco y puso cara de asco. ¿Es de pomelo?, preguntó. La abuela agarró el cuchillo y tiró la porción de mamá al piso. La chancha se la comió en un segundo. Al que no le guste que no coma, dijo mientras abría otra botella de vino. Viejita linda, no te me enojes, respondió mamá apoyando la mano sobre el hombro de la abuela. Viejos son los trapos, nena.

El novio masticaba en cámara lenta y enumeraba los ingredientes con los ojos cerrados. Pomelo, manteca, azúcar, decía, y largaba sonidos de placer. Mi prima no la probó. Le miraba la nuca al novio de mamá y se mordía los labios. La abuela pegó una patada por debajo de la mesa que hizo temblar mi taza de mate cocido. Le dijo a la amiga que estaba cansada de la atrevida y señaló a mi prima. La vecina prendió un cigarrillo y dijo que tenía que hacer mandados. Se fue sin saludar. La abuela se levantó de la mesa y se puso a tararear una canción. Bailó alrededor de la chancha y la bautizó volcándole vino sobre una oreja. Sos mi promesa, le dijo, y siguió bailando hasta que la chancha lanzó un excremento líquido sobre la alfombra. La sacó afuera de un escobillazo y se fue a seguir su fiesta a la cocina. Acá son todos una manga de amargos, pero a mí no me van a arruinar el

cumpleaños. ¡A mi salud!, gritó. Le dije feliz cumpleaños y me senté en el piso. Junté todas las migas hasta formar una bola de masa sucia. Mi prima jugaba con los pies desnudos del novio de mamá. Él seguía con los ojos cerrados, no se daba cuenta de nada.

3

Tener un chancho es mejor que adoptar un perro. Es una mentira que son sucios y tontos. Las personas los discriminan para no sentir culpa cuando comen un asado. Mi chancha es inteligente y entiende mucho más que mi madre. Sobre la piel rosada tiene una capa de pelos duros que pinchan como la escoba de la abuela. Vamos juntas a todas partes. Yo le silbo y ella viene corriendo. Cada vez le cuesta más por el tamaño de la panza, agita las tetas de un lado al otro y a veces se tropieza porque no aguanta el peso. La abuela dice que tiene esperanza de que sea una camada grande. Mi prima me contó que el plan es matar a todos los bebés y devolver a la madre para que siga pariendo hasta que no pueda más. Tu abuela tiene cabeza de hierro, me dijo, no va a cambiar nunca.

Le pedí que nos hiciera un retrato. Me senté con la chancha en el pasto y nos quedamos duras como muñecos de plástico. Las dos estábamos hipnotizadas por la belleza de mi prima y no queríamos desconcentrarla. Aunque no duerma, está siempre con la cara fresca. La chancha sabe que mi prima es diferente a todos los demás.

El dibujo era una mancha negra cubierta de espinas. Me dijo que lo iba a entender cuando creciera. Guardé la servilleta en el pantalón y miré cómo se alejaba. Tenía puesta una remera del novio de mamá y jugaba con su pelo.

Desde anoche llueve sin parar. La abuela aprovecha para limpiar cosas viejas y escucha música en la cocina. Hace horas que limpia un exprimidor. Primero aplastó los bichos que vivían ahí adentro desde hacía varias generaciones y arrancó las telarañas. Ahora le pasa un trapito húmedo a una velocidad exageradamente lenta. Parece perdida en algún lugar de su cabeza, ni siquiera le importó que entrara la chancha a la cocina y yo le diera un pedazo de pastel de papas. Tampoco le interesa que haga bolitas de harina y agua y las ordene en el piso de menor a mayor. Tu abuelo era un sinvergüenza pero era el mejor bailarín del club, dice sin levantar la vista. Hago de cuenta que no la escucho y sigo con mi familia de pan crudo.

Casi no tuve relación con él. Las veces que veníamos de visita el abuelo estaba en el pueblo, haciendo trabajos del campo o durmiendo la siesta con las ventanas tapiadas. La abuela siempre se quejaba con mamá, decía que era un mujeriego y un vago mandado a hacer, que vivía repartido y que más de una vez había pensado en darle un

patada pero no podía porque el matrimonio era sagrado y porque en el fondo lo quería.

La única imagen que tengo del abuelo es la de un señor con machete cortando las ramas secas del eucalipto. Tenía la camisa abierta y se le escapaba un manojo de pelos enrulados. Me daba miedo. Nunca me habló, estaba enojado porque yo no había nacido varón. Él era el único hombre, solo en un mundo de mujeres. La chancha debe sentirse así, en casa también es la única de su especie. Pero no es resentida e intenta adaptarse. El abuelo, en cambio, nunca nos quiso. Mamá también le tenía bronca. Cuando la llamaron del hospital para avisarle que había muerto, cortó el teléfono y dijo que era otra joda del viejo para llamar la atención. El teléfono volvió a sonar y no quiso atender. Se encerró en el baño y me gritó que si llamaba el abuelo le dijera que no estaba y que dejara de molestar. Atendí. Del otro lado una voz entrecortada de mujer dijo algo de fallecer y pidió hablar con mamá. Era urgente. Toqué la puerta dos veces, tratando de hacer el menor ruido posible para no molestarla. Mamá salió del baño toda roja y me pegó una cachetada. Fue la única vez que me pegó. Te dije que no me pasaras el teléfono, estúpida, gritó. Después no hablamos más. Mamá se volvió muda y mala. Tuve que faltar a la escuela y dejamos de comer. Se pasaba el día fumando y cortando fotos viejas con una tijera. Yo la espiaba desde mi cuarto y casi no me movía por miedo a que se enojara de nuevo. La noche en la que volvió a hablar me dijo que teníamos suerte de no tener padre.

La abuela me dio permiso para que la chancha duerma en el cuarto. Afuera llueve mucho y se pueden ahogar los críos, dijo. Ya está pasadita de fecha, así que prestá atención, si la ves inquieta o malhumorada, me avisás. Siempre se les da por parir de noche, así que vos abrí bien los ojos y no prendas la luz.

Le conté a la chancha que íbamos a hacer un pijama party y gruñó de felicidad. Mamá dijo que era un asco, que se me iba a llenar de bichos la sangre. La indignación se le evaporó en un segundo con un beso del novio. Hace días que el barbudo sólo come pomelos hervidos y no habla con nadie. Camina por el parque y se acuesta sobre el pasto con los ojos bien abiertos. Está convencido de que cuando llegue a mirar el sol durante una hora sin parar, se le va a abrir un nuevo chacra. El aislamiento conduce al saber, escribió en un árbol. Mamá cree que es un ser superior, pero para mí se está convirtiendo en una rama peluda. Lo veo reptar y me imagino que un gusano se le mete por la oreja y le consume la carne del cerebro. Es tan flaco que un día mamá va a despertarse abrazada a un hueso con barba. Además huele mal, en eso la abuela tiene razón, nunca se baña. Su lengua debe ser horrible.

Mi prima alumbra con una linterna y dibuja sobre la funda de la

almohada. Le pregunto por qué no usa colores y me chista. Sus dibujos son caminos de hormigas superpuestos. Laberintos negros sin aire. La chancha me mira, las baldosas están frías. Agarro el acolchado que tejió la abuela y me acuesto con ella en el piso. El brazo no me alcanza para dar la vuelta a su cuerpo. Le apoyo la mano en la panza y siento bolitas que se mueven de un lado al otro. La chancha se tira un pedo. Intento atrapar a uno de sus hijos, aprieto al universo rosado y de la teta se escapa una gota de leche transparente. La chancha se queja y le agrego otra frazada, por las dudas de que uno de los bebés le quiebre la piel y salga de pronto como un meteorito. Ella agita las orejas, dice que todavía falta y que la deje dormir tranquila. Pongo el despertador y escondo la cabeza bajo su cuello caliente.

4

Hoy fui por última vez a espiar la casa de las chicas, ya no me cae bien esa familia. Llegué temprano, como siempre, y los miré desde arriba del árbol. Mientras desayunaban, la mayor estaba parada frente al espejo. Se delineaba los labios y se tiraba besos a ella misma. En un momento se desarmó las trenzas y tiró las cintas al piso. Sonrió y dijo algo que no pude escuchar. El padre se dio vuelta, la miró fijo. Después se levantó de la silla y la agarró del pelo, la arrastró hasta la mesa de la cocina. Ella no se movía, se puso pálida de golpe. Él levantó el puño y yo pensé que le iba a pegar, pero, en vez de eso, reventó la mano contra el vaso de chocolatada recién servido. Se cortó con el vidrio. El perro aprovechó y chupó los restos del suelo. La mamá no dijo nada, fue a buscar un trapo húmedo y limpió en silencio. Dejó todo impecable. Antes de volver a la mesa tiró desodorante de ambiente, creo que era de vainilla.

Las chicas desayunaron mientras el perro movía la cola y pedía más chocolatada. El padre volvió del baño con la mano vendada y se sentó a tomar su café con dos cucharadas de edulcorante. Acarició la nuca de la hija y sonrió. La mamá le hizo de nuevo las trenzas, esta vez más tirantes. Dibujé el vaso roto en la sección de objetos de familia y volví a casa con ganas de dormir.

5

Mamá revuelve un té y arma un cuadro sinóptico. Intenta explicarme la revolución francesa. Habla sobre reyes despóticos como la abuela, pueblos hambrientos como mi chancha y cabezas cortadas. Le pregunto qué quiere decir con lo de las cabezas cortadas. Imaginate que lo único que podés comer son pomelos y un día la abuela los esconde y te dice que no te va a dar nada. Imaginate que ella come esas tortas de chocolate que tanto te gustan y toma licuados de banana y se compra vestidos mientras vos no tenés ni para chupar una cáscara seca. Bueno, eso pasó en Francia. Entonces un día la gente se cansó y decidió que no quería tener más reyes. Fueron a los castillos, anotá toma de la Bastilla julio de 1789, y le cortaron la cabeza al rey. Después la clavaron en un palo y la sacaron a pasear por la ciudad así todo el mundo se enteraba.

Me imagino la cabeza de la abuela clavada en una rama de eucalipto. La sangre chorreando hasta manchar las manos de mamá. ¿Qué te pasa? ¿No entendés o estás pensando en cualquier cosa?, pregunta. Cierro los ojos y la veo desfilar por una calle del centro, lleva la cabeza de la abuela muerta como una antorcha. El novio la aplaude y ella sonríe con orgullo. La abuela quería que le pinte los labios de bordó, digo en voz baja. Si no te gusta tenerme de maestra, andá a decirle a tu abuela que nos dé la plata que nos corresponde y volvés al colegio. No contesto. Sigo con los ojos cerrados. Mamá guarda el cuaderno y se aleja pisando fuerte.

En mi escuela ya deben estar armando el viaje de egresados. Nunca me gustó ir a clase pero ahora extraño a las señoritas, al mate cocido con pan dulce de la merienda y a mi amiga Rosario. Pruebo el té de mamá, está frío. Lo vuelco sobre los apuntes y salgo con la chancha.

Caminamos debajo de la lluvia. El viento nos arrastra cerca del gallinero. La chancha me mira y hunde las patas en un charco. Se deja caer con todo el peso de su cuerpo gigante y me salpica la cara con barro. Me paso la lengua por los labios y siento el sabor de la tierra mojada adentro de mi boca. Es áspera y me atraviesa la garganta como un ciempiés apurado.

La chancha se revuelca y mueve la cola de alegría. Meto las manos en el agua, acaricio su lomo y dibujo corazones que desaparecen con la lluvia. Al otro lado del cerco, las gallinas se amontonan bajo el techo de chapa y hacen ruidos de palomas vomitando. Tengo frío. Me

gustaría tener la grasa de mi chancha y flotar con ella en el barro. O transformarme en una anguila negra y que nadie me vea. Pero mi piel es demasiado fina y me hace temblar. Me levanto de un salto y corro a casa.

La abuela prepara un guiso de arroz con pollo. Mamá lava los platos y le dice viejita cuando quieras cocino yo, no vas a andar siempre haciendo comida para todos. La abuela la mira de reojo y revuelve el fondo de la olla con fuerza. Sabe que mamá se hace la buena porque quiere convencerla de algo. Lo único que cocinó en su vida fueron fideos con manteca. Siempre le salen pegados y se olvida de ponerle sal al agua.

Qué hacés así de mojada, te vas a agarrar una peste, nena, dice la abuela. Andá a bañarte que me ensuciás todo de porquería y traé a la chancha, te dije que no puede andar afuera, ¿o querés comer pollito toda la vida vos? No le hables así, dice mamá. ¿No ves que está triste porque quiere volver a la escuela? Contale a la abuela, hijita, cómo extrañás a tus maestras. Hoy le expliqué la revolución francesa y se me quedó dormida, pobrecita. Qué revolución ni revolución, dice la abuela, lo que tiene que aprender esta nena es a no ser una vaga sinvergüenza como vos. Y si querés volverte a la ciudad ahí tenés la puerta. Conmigo la mosquita inválida no funciona.

Mamá dejó el agua corriendo sobre los platos sucios y volvió al sillón. La abuela prendió la radio y se puso a cantar. Más que música se escuchaba el ruido de la interferencia, pero a ella no le importaba. Movía la cabeza de un lado al otro y usaba el cucharón de micrófono. Agarré una bolsa para taparme la cabeza y fui a buscar a mi chancha. Se puso contenta cuando le dije que había guiso de pollo.

6

El novio de mamá está al lado de la higuera en posición de indio petrificado. Mi prima le da vueltas como un animal que acorrala a su presa, pero él no se da cuenta. Tiene los ojos cerrados y habla en ese idioma raro que le dicen mantra. Yo los miro mientras mamá duerme en el sillón. La abuela se fue a tomar mates con la vecina, me dijo que me quede adentro de la casa y que le eche leña a la salamandra.

Hace frío pero mi prima no lo siente. Camina en cuatro patas, arrastrando el camisón que ya no es blanco porque le pintó lunares. Lo mira al barbudo como si quisiera descubrir algo. Se acerca despacio. Deja que el aliento del novio de mamá se desparrame en su pecho. Él repite palabras como un poseído. Mi prima se levanta el camisón. Se le eriza la piel. Le apoya una teta en la boca y el campo queda en silencio. Ahora los dos tienen los ojos cerrados. Él apenas la roza con la lengua y después la empuja. Ella sonríe, se sienta con las piernas levantadas y se toca hasta escupir un gemido agudo sobre el pasto. El novio de mamá contrae los dedos de los pies. Tiene el pantalón hinchado y los ojos apretados. Es un indio que se retuerce. Ella se aleja caminando despacio, como si flotara. Él saca un pito grande que le llega casi al ombligo. Vuelve a hablar en mantras, ahora más fuerte. No puedo creer que viva todos los días con eso entre las piernas. Una vez un compañero me mostró el suyo en el baño del colegio, pero no se parecía en nada. Lo agarra con las dos manos y lo aprieta mordiéndose el labio. Lo deja caer como si fuera una víbora muerta. Siento una mezcla de asco y de ganas de tocar esa piel rosada que cuelga como las tetas de mi chancha. Sacate la mano de ahí, no seas cochina, dice la abuela que acaba de entrar a casa con una bolsa llena de ramas. La cabeza me hierve de vergüenza, corro al baño sin mirarla. Me estaba haciendo pis, le grito. Me miro al espejo. Tengo el cuerpo chato, las piernas torcidas y apenas dos bultitos que sobresalen de mi remera. Ojalá algún día llegue a ser tan linda como mi prima.

7

El vecino murió esta mañana. Vomitó sangre como un vampiro empachado, dice mi prima con los ojos enormes. Anoche se arrastró hasta el mueble de la cocina y sacó una botella de anís, después llamó a su mujer de un grito. Temblaba y tosía en medio de un charco de sangre y alcohol. La amiga de la abuela corrió al baño, volvió con toallas, secó el piso, lloró, se enojó y lo abrazó. Parece que los ojos se le pusieron blancos del miedo. La abuela dice que antes de morir habló el idioma del diablo, pero eso es mentira, el tipo estaba tan borracho que ni le salían las palabras. Quiso llevarse la botella a la boca pero se le resbaló de las manos y explotó en el suelo. Si la abuela te dice que murió de viejo no le creas, dice mi prima y sonríe para el costado. La pobre de su amiga le puso un trapito húmedo en la frente y esperó hasta que al marido se le escapó un hilo de espuma de la boca. Después se puso duro, pero no en el buen sentido. Murió con los ojos rojos. Imaginate, las venas a punto de romperse.

La abuela no para de hablar del marido de su amiga y mi prima se encarga de reconstruir la escena. No sé adónde irá a parar con sus pecados, pero ahora por lo menos va a dejar vivir en paz a la Mechita. Mejor esposo muerto que borracho violento, siempre lo digo, dice la abuela mientras prepara un termo de café para llevar. Andá vos, mi hija, a vestirte, que así no se puede ir a un velorio. Ponete un vestido lindo que honre a la viuda y arreglate ese pelo que parece un atado de alfalfa mal cortado.

Busco entre mis cosas pero no tengo ningún vestido. ¿Qué te pasa? ¿Ya entraste en la etapa no sé qué ponerme?, dice mamá. La abuela quiere que vaya en vestido, respondo. ¿Y ahora qué sos? ¿La muñequita de tu abuela? Dejá que se arregle ella para ir al velatorio. Tanta preparación para un muerto ajeno. Siempre le gustaron los velorios porque la hacen sentir más joven. Andá así nomás, o mejor quedate jugando con tu prima o con la chancha, dejá que vaya sola. Se hace la religiosa y lo único que quiere es ir a chusmear y hablar mal de los que no están. Después vuelve con dolor de panza del atracón que se da, y ni siquiera trae un sandwichito para nosotras, siempre es igual. Eso no es amor a la viuda, es falta de respeto, tacañería. Se aprovecha de la situación para comer afuera y no tener que cocinar, después canta y pega estampitas bajo la cama. Te va a llenar la cabeza de ideas absurdas sobre dios, no la escuches. Agarrá un tapercito y

traé un pedazo de torta, así por lo menos tenemos algo de postre.

Me pongo una remera gris de mamá y le ato una bufanda a la cintura para que parezca más elegante. La abuela dice que peor es nada y me hace un rodete igual al de ella. Me pinta los ojos de azul y dice que estoy preciosa. La chancha nos sigue, mueve la cola y le soplo la nariz, me gusta porque cierra los ojos y parece una china gorda. Pero la abuela dice que por las dudas no la llevemos. Que quizás ahora que la amiga quedó sola la quiera de vuelta. Y ahí sonamos, mamita. En cualquier momento la cara se nos hace de fruta y en vez de palabras nos van a salir cacareos si seguimos comiendo pollito y pomelo. Vos cuidá a la chancha, y mejor si la Mecha no la ve así no se arrepiente. Andá a dejarla en la cocina y volvé rápido, dale que se enfría el café.

8

La casa es grande y está llena de velas. Los pisos parecen un tablero de ajedrez y las paredes son tan altas que me hacen sentir una miniatura. Le doy la mano a la abuela y miro los pies de la gente. Caminamos rápido y entramos a los cuartos que hay a los costados del pasillo. La abuela conoce a todo el mundo, se escurre entre una charla y otra como un loro entrenado. Algunos zapatos tienen piedritas brillantes y tacos finos. Se mueven en conjunto y en cada peregrinación a la cocina forman un concierto de golpes secos. Juegan a ver quién pisa más fuerte y se acarician las piernas desde los tobillos para estirarse las medias.

En la cocina están las mujeres de zapatos bajos como la abuela. Hablan alto y se atoran la garganta de palabras. Calientan el café, preparan mate y sacan panes del horno. La amiga de la abuela está sentada sobre la mesa. Le cuelgan los pies como si fuera una nena. Pega pataditas contra la alacena y recibe los abrazos sin mucha convicción. Todo pasa, le dicen. Vas a estar bien. Pero a ella no parece importarle. Tiene los ojos clavados en el reloj de pared. La saludo desde lejos y rechina los dientes. Qué linda tenés la casa, Mechi, dice una voz suave de zapatos con taco. Mechi no responde, tiene la boca llena de chocolate. Andá, mamita, ofrecele a los hombres, dice la abuela y me da una fuente de panes rellenos. Allá, en la habitación, sin miedo, nena, que los muertos no hablan.

Camino haciendo equilibrio. Las alpargatas me aprietan los dedos y la fuente pesa demasiado. El cuarto está lleno de humo. Hay olor a fósforo quemado y velas blancas a los pies de la cama. También cinco pares de zapatos gastados. No me animo a levantar la vista. No quiero ver al muerto. Uno de los amigos llora sobre él. Se escuchan los ahogos y el ruido de la nariz que intenta aspirar el dolor hacia adentro. Los otros cuentan chistes y se pasan una botella de mano en mano. Gracias, chiquita, andá nomás. Les entrego los panes y salgo rápido.

No va a venir, dice Mechi. Tranquila, debe estar por llegar, es que las rutas a esta hora son una cosa de locos, dice la abuela, y le sirve otro café con dos cucharadas de azúcar para subir la presión. Me siento en el piso y cuento las baldosas. Un camino de hormigas forma una ola desde la alacena hasta un agujerito que hay detrás de la mesa. Van y vienen sin parar. Son iguales a los dibujos de mi prima. Apoyo

un dedo en medio de la trayectoria. Algunas lo esquivan, otras suben y bajan haciéndome cosquillas. Cargan migas de pan y chocolates que las doblan en tamaño. Están concentradas en el suelo, con la vista fija en el objetivo. No pueden mover el cuello. Son insectos diseñados para mirar hacia el futuro. Nunca dudan. Apoyo el pie y detengo el tráfico. Las hormigas se ponen nerviosas, no saben qué hacer y empiezan a picarse entre ellas. Lo imprevisto las enloquece. Levanto mi alpargata y todo vuelve a la normalidad. Las sobrevivientes atraviesan a sus muertos, pasan por encima de los cadáveres y aplastan a las moribundas. Siguen su camino con la frente en alto. Mi amor, vení así te pinto los labios que te voy a presentar a los Mayoral, dice la abuela. Me llena la boca de lápiz de labio bordó, después hace lo mismo con la suya y me arrastra por el pasillo.

Entre los zapatos de taco descubro varios pies de mi tamaño. Son ellas. Las tres están hermosas, igual que su madre. Tienen guillerminas de charol, medias rosas y vestidos perfectos. Sus pelos rubios iluminan la oscuridad de los otros invitados. Las mujeres les hablan como si fueran muñecas estúpidas y ellas sonríen. Saben comportarse. El padre le da un ramo de flores a la viuda y le besa la mano. Que en paz descanse, susurra. Me quedo inmóvil mirando a las chicas desde el marco de la puerta. Dale, no seas tímida, tienen tu edad, dice la abuela y me empuja. Las mujeres me miran con lástima. Sos igualita a tu abuela con ese rodete tan guapo, dice la madre.

Quiero volverme hormiga y enterrarme bajo las baldosas. Intento esconder mis alpargatas detrás de los pies de la abuela, pero ella sigue empujándome e insiste en que haga sociales. ¿Cómo te llamás? Pregunta una de tacos con piedritas brillantes. No respondo. Tengo una bola de pan crudo atravesada en la garganta. ¿En qué grado estás, bonita?, dice la madre. La abuela se va y me deja sola. Mi corazón empieza a galopar. Las chicas se acercan y sonríen. Las tres me saludan levantando la mano derecha. Parecen salidas de una coreografía. De cerca son mucho más perfectas y huelen a perfume de flores. Hundo la cabeza y me corre un escalofrío por todo el cuerpo. Se me endurece el pecho de los nervios y noto que dos pezones puntiagudos sobresalen de mi remera. Odio a la abuela. Mamá tenía razón, no tendría que haber venido. Encorvo los hombros y siento el olor de la chancha escapándose de mi ropa. La princesa mayor se acerca. Corro a la cocina, me llevo por delante a una vieja que carga una montaña de masas cubiertas de crema pastelera. Se cae al suelo y dice algo de la virgen María, el huesito dulce y la falta de modales. La abuela pide perdón por dios y me aprieta el brazo hasta lastimarme. No puede ser que no sepas comportarte como una persona normal, esto es un velorio, dice. Mechita querida, nos vamos yendo nosotras que la nena se me descompuso. Más tarde vuelvo a cebarte unos

mates. No va a venir, responde la amiga. Si no viene que se jorobe, mirá toda la gente que tenés para andar preocupándote por ese crío. Los hijos deberían quedar chiquitos. Fijate si no en mi hija con ese roñoso nacido para nada. Dejá de preocuparte y despedí a tu marido, que mañana ya va a estar bajo tierra.

Antes de irnos la abuela quiere saludar al muerto. El humo del cigarrillo me hace toser, le digo que la espero afuera pero no me deja. Vení que hay rezarle una bendición, dice, no vaya a ser que el señor se ofenda y nos venga a buscar. La abuela me obliga a mirarlo. El hombre está blanco. Tiene la expresión seca y los ojos abiertos, congelados. Las sábanas le cubren el cuerpo hasta el cuello. Encima del pecho hay estampitas y rosarios dorados. La abuela reza. Agarra mi mano y la apoya sobre la frente seca del muerto. Amén, dice, y me codea. Amén, repito. Muy bien, ahora cuando llegamos a casa nos hacemos la limpieza. Mejor prevenir que curar, dice en voz baja. Tengo la mano cubierta de polvo blanco. El marido de la vecina se está desintegrando. Aprieto fuerte a la abuela para que no se me caigan los dedos.

9

El campo está cubierto de una capa de hielo. Hace tanto frío que ni la abuela se levantó de la cama. El novio de mamá está parado sobre una pierna con la mirada fija en la ventana. Es un espantapájaros. Junta los dedos y estira la columna como si una fuerza invisible lo llevara hacia arriba. Tengo ganas de tirarle con algo para que pierda el equilibrio y quede aplastado contra el suelo, pero en vez de eso me paro al lado suyo. Imito su postura. Me convierto en equilibrista. Concentrate en la respiración. Inspiro paz, exhalo amor, dice. Nada me perturba. El universo late en calma. Formo parte de un todo que fluye en completa armonía.

Alzo lo brazos. Inspiro su transpiración y exhalo asco. Me siento un flamenco. Miro para arriba a ver si logro levitar. Mamá contó que una vez le pasó y que fue genial, pero a mí no me sale. La culpa es del lugar, las paredes están rotas y huelen a viejo, no es una casa muy buena para esos trucos. O por ahí mamá se quiso hacer la interesante con el novio. Al final la chancha es la única que no miente. Mi prima es hermosa pero mala. Siempre quiere arruinar todo. Inspiro las partículas de sol que vuelan por el aire. Exhalo humo contra el vidrio. El novio de mamá cierra los ojos y canta en mantras. Dibujo un chancho varón en la ventana. Inspiro con fuerza y exhalo hasta borrarlo. Deshago mi pierna de pájaro y le pego al barbudo en el tobillo. Él suspira y se aleja.

Desayunamos simulando que somos una familia simple y alegre. Son los horrores del invierno, todos queremos estar cerca de la salamandra. La abuela agarra el mate con las dos manos, le da sorbos cortos. Mi prima y yo tomamos té con leche. Mamá se queja de que no hay azúcar para las tostadas y el novio se enrosca la barba hasta formar un cepillo puntiagudo. Después se limpia las uñas. No come ni toma nada, sigue con ese proceso de purificación estúpido. Creo que es anoréxico. En la escuela teníamos una maestra de matemática flaquísima que se la pasaba hablando de la importancia de comer ensalada. Un día se desmayó durante el recreo. Pensamos que estaba muerta. La directora nos reunió en el comedor y nos dijo que la señorita iba a estar de licencia porque tenía un trastorno de alimentación. Nos explicó de qué se trataba la enfermedad y después nos dio un alfajor a cada uno.

Ya casi no hay madera, dice la abuela. Pero tenemos un hombre

que puede talar árboles y darnos calor, dice mamá, y agarra el cuello del novio con una sonrisa que le ocupa toda la cara. Con la escarcha que hay no se prende ni el diablo. Hay que ir al pueblo y comprar bolsas de leña. Que vaya tu hombre a ver si nos sirve de algo. Acompañalo, nena, no vaya a ser que el iluminado se pierda. No puedo usar dinero, dice el barbudo. La abuela se ríe y mi prima, mientras exprime el saquito de té, dice que ella puede ir con nosotros, que hace semanas no sale y que cambiar un poco de aire le haría bien. Perfecto, dice mamá, gran equipo de compras. Escribe una lista de supermercado en un pedazo de papel higiénico y la guarda en el bolsillo del pantalón de mi prima. La abuela nos da unos billetes envueltos en papel de diario. Para que no se humedezcan, dice.

Caminamos sin hablar. Mi prima va adelante pisando las flores que crecen en la calle. Cada tanto se agacha y agarra una piedra que le llama la atención, después la tira a la zanja. El novio de mamá le sigue los pasos sin levantar la vista. Yo voy atrás de todo con el cuello pegado a las orejas. La chancha nos saluda desde la tranquera. Le prometí que le iba a traer manzanas.

La gente del supermercado nos mira de reojo. El hombre de la caja registradora pregunta qué necesitamos. El novio de mamá no responde, avanza hacia las góndolas de productos para el pelo. No sabía que estabas de vuelta, no cambiás más, dice el hombre. Mi prima apoya las tetas sobre el mostrador y le responde algo al oído. Después se ríe y pasa al otro lado. Él se pone serio y le da una palmada en el culo. Salí de acá, le dice.

En la esquina hay una verdulería. Pregunto el precio del zapallo y me quedo con la vista fija en las cabezas de ajo que cuelgan del techo. La chica que atiende se aburre de mí y se pone a pelar papas en una olla oxidada. Aprovecho y robo una manzana. Vuelvo al almacén. Mi prima y el barbudo no están. Me siento sobre el escalón de la puerta y espero mirando la ruta. Quizá se fueron en uno de los autos y no vuelvan nunca. Tengo ganas de vomitar. Arranco el pasto y lo tiro contra mis pies. El hombre de la caja sale a decirme que por favor no le arruine el jardín. Mi estómago se agranda hasta ocupar todo el cuerpo. Arranco otro puñado de pasto. Me lo meto en la boca. Mastico la pasta verde y hundo la cabeza entre las rodillas. Escupo mi odio contra la vidriera, por suerte nadie se da cuenta. Al rato aparecen los dos, caminan despacio. Mi prima lleva las bolsas de leña, tiene el pelo suelto.

10

Me desperté descompuesta. Fui al baño y tenía sangre en la bombacha. Me quedé sentada en el inodoro con las piernas abiertas sin saber qué hacer. No quería moverme por miedo a desangrarme. La abuela tocaba la puerta. Salí de una vez que el baño no es tuyo. Con un hilo de voz le contesté que me dolía la panza. Mamá dijo que la culpa era de la abuela por llenarme de comida en el velatorio. Mientras ellas discutían, yo me retorcía como si alguien me apretara desde adentro. Para no pensar conté las gotas de agua que caían del lavamanos. No sirvió de nada porque el agua en mi cabeza se volvía roja como la bombacha y me ponía más nerviosa. Corté un pedazo de papel higiénico y lo hice un bollito. Lo humedecí con saliva y limpié la sangre. La mancha no salía. El papel se me deshizo en la mano. Me levanté despacio con las piernas bien juntas y agarré la toalla. La mojé y le puse jabón blanco. Fregué con todas mis fuerzas hasta que empezó a borrarse. Quedó apenas una aureola marrón. Puse la toalla entre la ropa sucia, tiré la cadena y salí. Estás pálida como un fantasma, dijo la abuela. Eso te pasa por andar portándote mal. Volví al cuarto y me metí en la cama. Escondí la cabeza debajo de la almohada y lloré sin hacer ruido.

Yo sé lo que te pasa, dice mi prima. Le digo que no me pasa nada, que me duele la panza porque anoche comí demasiado. Mentira. Estás indispuesta, te sale sangre de ahí abajo. Preparate porque va a ser así todos los meses hasta que seas vieja. Aprieto las piernas. Tengo miedo de que el marido borracho de la vecina me haya contagiado de muerte. Te van a crecer tetas y no vas a querer más a tu mamá. Le digo que se calle, pero no para. Ahora te parece horrible pero te acostumbrás rápido. Yo que vos me pongo un algodón, si no vas a teñir todas las sábanas y la abuela te va a echar de casa. No pongas esa cara, no es tan tremendo.

Me tapo los oídos y siento cómo el dolor late debajo del ombligo, es cada vez más intenso. Los hombres te van a querer besar y vos a ellos. Grito basta con todas mis fuerzas. La abuela y mamá abren la puerta. ¿Qué es este escándalo?, dice la abuela con la escoba en la mano. No quiero que me vean, me escondo entre las sábanas y les ruego que se vayan. Está menstruando, dice mi prima. Mamá y la abuela la echan del cuarto. Así que mi hija se hizo señorita, dice mamá y me abraza hasta asfixiarme. Hoy te quedás en cama y ni se te ocurra bañarte,

dice la abuela. Ahora te preparo algo para los cólicos. Es cuestión de costumbre. Después cuando no la tenés, la extrañás.

Pensé que sabías lo que era la menstruación. ¿No te explicaron en el colegio? A mí me vino más de grande. Tu abuela se enojó y no me habló durante una semana. Lo único que me dijo fue que si venía embarazada me iba a dar la paliza de mi vida. Cuando te indisponés significa que ya sos una mujer, que tu cuerpo puede ser fecundado. Es una alegría. Se te desprende un pedacito de nido porque el óvulo no se fertilizó. El pedacito ese no sirve para nada, es donde se ponen los bebés, pero si no hay bebé, sólo ocupa lugar en tu panza y es mejor sacarlo para afuera, por eso la sangre. En unos días no vas a tener más, hasta el mes siguiente. Es una forma de limpieza interior que tenemos las mujeres.

La miro a mamá y escucho cada palabra con atención pero no entiendo nada. Es como si hablara en mantras. Me da terror que una parte de mí se desprenda y me llene la bombacha de sangre. Más que alegría es un peligro. ¿Y cómo recupero la sangre que se me va?, le pregunto. No hace falta que la recuperes, ya te dije que no sirve. Pero si pierdo todos los meses un poco, un día voy a quedarme vacía. Ay, no entendiste nada. El cuerpo tiene el ciclo de la luna. La luna un día es redonda y otro día es menguante, pero siempre sigue siendo ella. No se desarma. Vos tampoco te vas a desarmar, por lo menos hasta que no tengas hijos. Ahora estás en pleno desarrollo. Andá al baño y ponete un algodón apaisado que te llegue hasta la cola.

Si voy a ser como ellas prefiero morir desangrada. Me miro frente al espejo del baño, todavía no me salieron las tetas. Respiro aliviada. Vuelvo a la cama con el algodón entre las piernas. Un bulto incómodo y pegajoso que me hace sentir ridícula. Me acuerdo del pantalón hinchado del novio de mamá y de su pito gigante. Es injusto que los hombres no pierdan sangre. Tendrían que cortarse la yema del dedo y darnos un poco de la suya. No quiero quedarme seca por dentro.

La abuela me trae un tazón caliente. Dice que con eso voy a estar mejor. Huele a alcohol de hospital y tiene un montón de hojas que flotan. Lo pruebo y me quema la garganta. Tomalo de una, dale. Me tapo la nariz y obedezco. El cuerpo me transpira y estoy un poco mareada. El drama debajo de la cama, dice la abuela. Vas a andar bien, no es tan grave un san Andrés. No se te ocurra tocarte las partes porque ahí sí, la hemorragia no para y sonaste. Son dichos de mi madre, pura verdad.

La abuela me dejó sola en medio de la oscuridad. Estoy descompuesta y extraño a mi chancha. Me gustaría salir a caminar con ella, revolcarme en el pasto y contarle lo que me pasó. Pero no puedo moverme. Si me levanto de la cama se me va a escapar todo. Abrazo la almohada y le pido por favor que el tiempo pase rápido.

TEMPORADA DE FRUTILLAS
1

Hoy es navidad. La abuela se levantó temprano y se puso un delantal que no le conocía. Tiene florcitas y pájaros que vuelan cargando frutas y mapaches. Le digo que es lindo y dice que lo bordó su madre cuando tenía mi edad. Lo guardo para ocasiones especiales, dice mientras lava un pollo en la bañera. La canilla de la cocina se rompió, así que nos la pasamos yendo y viniendo cada vez que necesitamos agua. Mamá y mi prima duermen pero a la abuela no le importa. Está muy ocupada sacando las tripas de los pollos. Mete la mano y arranca de un solo tirón el corazón, la panza y toda esa gelatina asquerosa que hay adentro.

Mamá no cree en la navidad pero igual todos los años armamos el arbolito. Le pregunto a la abuela dónde lo tiene así me ocupo de la decoración. Buscá en la caja de herramientas y traé el pesebre, dice mientras barre las plumas del piso.

Abajo de los martillos y las pinzas que eran del abuelo hay una bolsa cubierta de polvo. Una araña de piernas larguísimas intenta escapar trepando por mi brazo. La quiero agarrar y sin querer le corto un pie, pero ella sigue subiendo como si nada. La pongo sobre el papel higiénico y no sabe qué hacer. De pronto se resbala, juraría que está gritando. Tengo suerte de que nadie la escuche. La abuela me llama de un silbido. Dale, nena, que necesito ayuda. Le digo que ya voy. Agarro la araña y le corto la mitad del cuerpo con el filo de mi uña. Se sigue moviendo. Aplasto la cabecita hasta que se transforma en un líquido viscoso. Me chupo el dedo. Es salada.

Adentro de la bolsa hay un esqueleto de plástico verde. La abuela dice que el tiempo destruye todo y que las hormigas se habrán comido las hojas del árbol pensando que eran reales. Pero no te hagas problema, lo importante es el pesebre. Limpiamos los animalitos con lavandina y al niño Jesús con jabón blanco, la abuela dice que es por una cuestión de respeto. El Jesusito es gordo y, aunque es bebé, tiene el mismo tamaño que sus padres. El inventor del pesebre no sabía calcular bien las dimensiones. Tampoco sabía mucho de animales, la oveja tiene un solo ojo y a la vaca le faltan las tetas.

Mamá se levanta tarde y dice que la navidad la deprime. Mi prima se ríe. Lo bueno es que se estrena bombacha, dice, y me guiña el ojo

mientras me muestra un borde de encaje rojo. ¿De dónde sacaste la plata para comprarte esa lencería?, pregunta la abuela. Mi prima no responde, se pone las ojotas y sale cantando. Brincan y saltan los hombres al río, brincan y saltan de ver al dios nacido, repite. El novio de mamá se levanta ojeroso. Dice que durmió mal. En estas fechas la energía no fluye, dice mamá, y le acaricia los huesos.

A la noche comemos juntos. La abuela planchó un mantel blanco y puso copas en la mesa. En el centro armó una fuente con frutillas e higos cortados en forma de corazones. Antes de las doce hay que pelar una docena para tener suerte durante todo el año. Mi prima dice que los higos le dan dolor de panza. Agarra las frutillas y las deshace con la lengua, mastica con la boca abierta para llamar la atención. Mamá sirve sidra en las copas y brinda por los futuros negocios. La abuela dice que ojalá para el año nuevo la chancha haya parido así dejamos de comer pollo. Las pechugas parecen de piedra, dice.

Mamá lo mira al barbudo y le tira un beso en el aire. Él devuelve el alcohol a la botella y se sirve agua. Mi prima dice que es un flojo y él responde que la sidra es bebida de pobres. La abuela dice que es un imberbe. Le pregunto qué significa y dice que significa pelotudo. Mamá se levanta de la silla y lo besa, le pide perdón. El barbudo le dice algo al oído y le toca una pierna por debajo del vestido. Mamá se va a la cocina y vuelve con un licor de pomelo que preparó la abuela durante el invierno. Se van al sillón y toman del pico un trago cada uno hasta vaciar el frasco. La abuela abre otra botella de sidra y le mete un chorrito de alcohol puro que saca del mueble del baño. Hay que reforzar porque cada vez viene más aguada, le dice a mi prima.

Mamá se duerme antes de las doce. La depresión le da sueño. Los vecinos tiran fuegos artificiales y aceleran las motos contra la calle de tierra. La abuela dice que son unos presumidos, que siempre hacen lo mismo. Antes de que yo naciera, la casa tenía techo de paja y el abuelo se pasaba las fiestas maldiciendo por miedo de que le cayera encima un cohete y se le incendiara todo. La abuela rezaba y, por si dios no escuchaba en medio de tanto ruido, tenía lista la manguera. Con la chapa no hay problema, pero igual el odio a los vecinos y a los fuegos artificiales le quedó de costumbre.

A la una el cielo se apaga. Mi prima junta los restos de los vasos en una botellita vacía y se va a una fiesta que hay en el pueblo. La abuela lava los platos y se limpia los dientes con el filo de un hueso de pollo. Los perros ladran como locos. El barbudo dice que los fuegos artificiales los dejan sordos y que mañana la ruta va a ser una plaga de animales muertos.

2

Mamá tiene las uñas llenas de tierra. Estuvo todo el día cavando. Quiere convertir el terreno de la abuela en un club de termas. Que la gente pague por hundirse en un pozo de agua sucia. Les va a encantar, dice, el barro purifica la piel, abre los poros, tiene un montón de propiedades. Nos vamos a llenar de clientes. Se mete con la pala y sigue desenterrando gusanos. Arma una montaña de tierra al costado del agujero mientras la chancha se revuelca y se lame las pezuñas. La abuela limpia la mierda de las gallinas y le dice que vaya a trabajar como una persona normal. Que de esas ideas nadie vive. Que le está cavando la fosa a su propia familia.

La manguera escupe agua desde ayer pero apenas formó un charco que cubre los pies de mamá. Es cuestión de tiempo, dice. Hoy termino la infraestructura básica, para mañana el agua llena el estanque y en un par de días salimos a volantear. Con esto vamos a ganar plata y le vamos a tapar la boca a tu abuela, ya vas a ver. En el sur esto era flor de negocio, acá nadie sabe nada pero los estanques y las piscinas artificiales son furor en Europa. Nosotras vamos a ser vanguardia.

Hoy le junté un montón de bolitas de eucalipto. Cuando el pozo esté listo quiere perfumarlo con aceites naturales que ella misma va a preparar. Dice que para que el negocio funcione tenemos que dar lo mejor.

Al fin mamá tiene una buena idea, yo creo que esta vez le va a funcionar. Se merece que algún día algo le salga bien, ella que siempre se ilusiona con cosas inútiles. Antes de conocer al barbudo, salía con un señor casado. Me hablaba de él mientras se bañaba con la puerta del baño abierta. A mí me aburría, pero si no la escuchaba se enojaba o se ponía a llorar frente al espejo. Un día me juró que no lo iba a ver nunca más. Empezó a juntar plata para que nos fuéramos de viaje. Íbamos a conocer la montaña. Pero cuando teníamos los ahorros suficientes y la carpa limpia, el casado llamó por teléfono y arruinó todo. Al principio mamá se quedó con el tubo en la oreja mirando un punto fijo. No hablaba y se había puesto blanca como la pared. En un momento empezó a reírse. Se mordió los labios, dijo que sí y volvió a reír haciendo gestos con las manos. Esa tarde armó un bolso, metió la plata entre la ropa y se perfumó el pelo. Me dejó en la casa de la vecina. Dijo que el viaje a la montaña iba a ser mucho más divertido cuando tuviera hermanos. Gastó todos nuestros ahorros y volvió a los

tres días, sola y deprimida. Me regaló un delfín horrible que cambiaba de color. La vecina le dijo que la culpa era suya por ser tan ingenua. Después la invitaron al viaje de alfabetización y como la vecina no quiso cuidarme me trajo al campo.

La abuela terminó de limpiar el gallinero. Mira el pozo y dice que prefiere que la quemen o que la coman los perros con tal de no ser enterrada. Y que bañarse con barro es cosa de cerdos y de subnormales. Prometeme que no vas a dejar que me tapen con tierra, dice. Le contesto que sí con la cabeza y me invita a comer huevos revueltos.

3

Desde que el novio de mamá dejó de hablar ya no comemos juntos. La abuela dijo que ella no iba a seguir alimentando a un mudo y que, si era tan vivo como para no emitir palabra y no usar billetes, también podía serlo para cerrar la boca y vivir del aire. Mamá se enojó y dijo que la casa y la comida también eran suyas.

Ese día la abuela puso un candado en la alacena. Esconde la llave en el corpiño y no deja que nadie saque nada. A mi prima y a mí nos da de comer pero no nos permite entrar a la cocina sin que esté ella controlando. El novio de mamá se levanta de noche y roba huevos del gallinero. Lo vi comer escondido atrás de un árbol. Le hace un agujero a la cáscara y chupa el líquido como si fuera la teta de mi prima. Después canta en mantras hasta que sale el sol y vuelve al sillón a dormir.

La chancha está gordísima y se tira unos pedos horribles. Mi prima dice que a esta altura los bebés ya deben estar podridos. Yo aguanto la respiración y la acaricio, le hablo a la panza y le prometo que va a salir todo bien. La abuela dice que si la semana que viene no nacen hay que ir al veterinario porque puede ser que se hayan atorado.

4

Mi prima insistió tanto en venir al bar que terminó convenciéndome. Dijo que ya era hora de que saliera de las cuatro paredes y conociera algo del mundo real. Nos fuimos mientras todos dormían, vinimos caminando con la linterna azul de la abuela. Ahora estamos acá y no sé para qué le hice caso, este lugar es horrible. Ella agarra la botella de cerveza caliente y toma del pico. Estira los brazos como si quisiera tocar el techo y camina con los ojos cerrados. Parece una víbora de circo, entrenada para contorsionarse e hipnotizar al público. Es la primera vez que la veo moverse así. Llega a la barra, se humedece los labios secos por el alcohol y pide un vaso de agua con hielo. Fondo blanco, dice, y brinda con el chico que sirve los tragos.

De un salto queda flotando entre las botellas de la barra. Todos la miran, ella baila. Mueve las caderas y dibuja círculos invisibles entre el humo de los cigarrillos. Los hombres festejan con silbidos y espían el color de su bombacha. Espero que no la vean. Me da vergüenza que descubran el estampado de ositos. Fue idea suya. Antes de salir de casa dijo que hoy era noche de intercambio. Se sacó la bombacha negra y me la dio. Ahora vos, dijo y tiró del elástico de la mía. Le dije que no, pero estaba empecinada. No le importó que estuviera sucia. Me escondí atrás de la puerta del cuarto, me saqué la bombacha y la apreté fuerte con la mano. Se la entregué hecha un bollo. Ella se rió y me levantó la pollera. Su bombacha me quedaba grande y se me metía adentro de la cola. Cuando lleguemos al bar mejor te la sacás, total hace calor, dijo.

Estoy sentada en un rincón. Tengo las piernas cruzadas y la campera encima. Cada vez que alguien se acerca o me mira siento un escalofrío que me sube hasta la panza. El bar está lleno de moscas y me da miedo que alguna se meta por abajo y use mi cuerpo de nido. No sé por qué acepté venir, tendría que haberme quedado durmiendo con la chancha. Cierro las piernas con fuerza y eso me da ganas de hacer pis. Estoy aguantando desde hace rato porque no quiero levantarme. Si me paro todos se van a dar cuenta. Cuando mi prima se baje de la barra le voy a decir que me devuelva mi bombacha y que volvamos a casa.

Sigue bailando. Ya ni siquiera me mira. Se abraza a ella misma y nos da la espalda. Siento que la vejiga me explota mientras mi prima sube y baja la cola. El chico que sirve los tragos aplaude y le pasa una

botella. Le hago señas. No aguanto más, necesito hacer pis. Dejá a tu hermana tranquila que la está pasando bien, dice un viejo, y me regala un vaso de gaseosa. Sos rica vos también, por qué no vas a divertirte un rato con ella. Le miro las manos sin decir nada. Le falta el dedo gordo. No te asustes, lo menos que necesito son dedos, dice, y se ríe. Me tiemblan las piernas. Se me escapa un chorrito de pis que moja la silla. Empiezo a contar cada vez más rápido con los ojos cerrados hasta que siento un golpe suave en la nuca. Perdón, me quedé hablando con el de la barra, dice mi prima, y me da una naranja partida al medio. Le digo que quiero ir al baño. Me agarra del brazo y me lleva corriendo. Se ríe. Hago pis mientras ella se mira al espejo. El cuerpo se me desinfla. Respiro. Le pido mi bombacha y me dice que no, que hay que acostumbrarse a la tanga. Obedezco en silencio. Volvemos a la mesa. No podemos irnos hasta que Martín, el chico de la barra, no termine de trabajar. Mastico la naranja y pienso cómo se le habrá caído el dedo al viejo. Cuando llegue a casa voy a ver si tengo los pies completos. Por suerte no tomé ni un trago de su gaseosa.

5

Hoy la abuela llamó al veterinario del pueblo. Dice que no puede ser que la chancha no haya parido y quiere asegurarse de que los cerditos estén bien para poder hacer una cesárea cuanto antes. El veterinario es un señor canoso que camina despacio y siempre tiene cara de preocupado. La abuela le prometió darle un chachito a cambio de la consulta. Primero el hombre le dijo que él no andaba haciendo favores, que si no había plata no iba a venirse desde su casa y que tenía una yegua complicada y mucho trabajo pendiente con el criadero de patos. Al final lo convenció mi prima, le sacó el teléfono a la abuela y le dijo al hombre que lo esperábamos con mate rico y dos chanchitos. Después colgó. Así se hace, me dijo.

Al rato llegó el veterinario acompañado de tres perros. Uno chiquito que corría sin parar, un ovejero alemán obeso y una perra que tenía un ojo ciego. El hombre, con un gesto, los mandó a los tres a esperar detrás del cerco. Se quedaron ahí, obedientes, vigilando cada movimiento sin cruzar los yuyos. La abuela le contó del embarazo dilatado, que estaba tardando demasiado, que la tormenta ya había pasado, la luna llena también y la chancha seguía preñada como si nada. Mi prima cebaba mates con azúcar. Yo me quedé en el cuarto con la chancha. Estaba asustada. Me miraba con sus ojitos de uvas maduras pidiendo por favor que la rescate. La abracé y sentí el miedo en su piel húmeda. Nena, vamos, dejá de hablarle que esta cerda no entiende ni ocho cuartos. Traela que la tiene que ver el doctor.

Acostamos a la chancha en el piso de la cocina. El médico la mira de lejos. ¿Vive adentro de la casa o en chiquero?, pregunta. La abuela le explica que se crió desde chiquita con la vecina y que ahora duerme conmigo porque estamos toda la familia atenta a que venga la camada y no queremos que el asunto nos agarre de sorpresa. Mejor prevenir que tener un parto al aire libre, los perros de la zona son unos salvajes, doctor. Una vez me mataron un potrillo, imagínese, dice la abuela. Síndrome de Rapunzel ovino, me la juego, responde el médico. ¿Qué?, pregunta mi prima. Esperen un poquito. Se pone unos guantes naranjas y se agacha. La chancha lo mira con odio, intenta clavarle las pezuñas pero el hombre de una maniobra la deja inmóvil. Le aprieta la panza y la chancha se tira un pedo tremendo. Está así hace varios días, un asco total, dice mi prima. El veterinario sigue apretando y yo imagino que aplasta a los bebitos y se me revuelve el estómago. La

chancha se queja, gruñe y sigue tirándose pedos. El veterinario se levanta y pide un mate. La abuela lo mira fijo. ¿Y? ¿Hacemos la cesárea ahora? ¿Cuántos lechones tenemos?, pregunta. El hombre niega con la cabeza. No entiendo cómo no se dieron cuenta, este animal tiene un típico embarazo psicológico. La abuela dice que no puede ser. Sí, señora. Lo único que hay acá adentro son puros gases. Es bastante común en animales que no viven sueltos. Puede que haya tenido un aborto y le quedó la sensación de preñez, o puede que sea una chancha vieja que nunca haya tenido cría entonces, a falta de procreación, queda medio trastornada. ¿Está seguro?, pregunta la abuela. Sí, déjela potrear en un chiquero y va a ver cómo se le va todo en un par de días. Mi prima se ríe, le grita gorda pedorra. La abuela está enojadísima. La desilusión y la bronca le ponen la cara roja. Le da una bolsa con tortas fritas al doctor y se encierra en el baño. El veterinario se despide, los perros ladran y mueven la cola. Un limón cada mañana ayuda a desinflamar los intestinos, dice el hombre y se aleja con la mano levantada.

6

A la inauguración de las termas vinieron tres vecinas. Las viejas flotan sobre el barro como sapos hinchados. Mamá dice que no está mal, que a la gente le cuesta aceptar las ideas de vanguardia pero que de a poco van a ir aprendiendo y vamos a sumar clientela. Más vale malo conocido que bueno por conocer, a ver si te avispás de que tu inventito no funciona, dice la abuela mientras barre la cocina. Odio que se burle de nosotras. Mamá prometió que cuando ganemos plata voy a poder comprarme lo que quiera. Por ahora pensé en un par de zapatos de charol y una bicicleta roja. Además de repartir los volantes, soy la asistente general del proyecto. Alcanzo las toallitas frías para tapar los ojos de las viejas y voy recargando el pozo con ollas de agua hirviendo. La temperatura es fundamental para que las clientas se relajen.

La sesión empezó temprano. Mamá tuvo que arrancarme de la cama para despertarme. Las vecinas llegaron juntas, riéndose con sus bolsitos de mimbre y el pelo atado con rodetes tirantes que parecían de peluquería. Les di la bienvenida en la tranquera y las llevé a casa para que se pusieran cómodas. Se cambiaron en el living, tapándose una a la otra con un toallón que le robé a la abuela. Las tres se pusieron mallas de colores. Las flores del estampado se deformaban y les comprimían los cuerpos. Los rollos de las piernas se les amontonaron como si fueran una torta apretujada a la que se le escapa el relleno. Caminaron en fila india hasta llegar al pozo. Mamá las esperaba adentro del agua.

Cuando vieron el líquido marrón se miraron con desconfianza y lanzaron comentarios nerviosos. Metieron las uñas de los pies con cara de asco. Mamá tuvo que convencerlas enumerando las virtudes del barro: rejuvenece la expresión, activa las neuronas, recarga la energía sexual y espanta la negatividad, dijo. Entraron despacio, agarradas de las manos como si fueran a caer a un precipicio. Después hablaron sin parar de los hijos que se habían casado, de lo caro que estaba el tomate y de lo mucho que extrañaban a sus muertos. Mamá las obligó a hacer silencio. Les dijo que si seguían hablando se les iba a endurecer la cara. Imaginé que sus ojos se volvían piedras y se hundían en el pozo. Los cuerpos quedaban flotando y se iban pudriendo de a poco hasta formar islas cubiertas de insectos chupa sangre. El novio de mamá interrumpió mis ideas con su voz de

extraterrestre. Se sentó detrás de las clientas y empezó a cantar en mantra. Mamá les masajeaba los pies con el aceite de eucalipto mientras yo les cubría los ojos con toallitas húmedas y les dibujaba un corazón en la frente. Qué nena más divina tenés, dijeron a coro. Mamá no respondió, les apretó los dedos con fuerza y volvió a pedir silencio.

Para mantener el agua caliente, fui y vine cinco veces del pozo a la cocina. Cada vez que entraba la abuela exageraba un suspiro y decía que iba a terminar siendo sucia y piletera. Era más fácil la tarea de masajearles los pies a las gordas que cargar los baldes, pero me daba vergüenza que me vieran en malla y se dieran cuenta de que no soy más una nena. Prefiero escuchar las críticas de la abuela y hacerme la sorda.

Una de las viejas se quedó dormida y mamá la despertó rozándola con una ramita. Dijo que el día de spa estaba llegando a su fin. Les desarmó los rodetes y les propuso que practicaran la meditación. Ahora me ponen la mente en blanco y se concentran en el canto de los pájaros, dijo. Pero las viejas no hicieron caso. Abrieron los ojos y empezaron de nuevo con su cascada de chismes. Tienen el aura muy apagada, dijo mamá en voz baja. Les faltan vidas de aprendizaje. Andá a decirles que es hora de que salgan y llevalas al baño, que se cambien y se vayan que quiero dormir la siesta.

Namasté, las espero cuando gusten, les dice mamá juntando las manos en el pecho. Abro la caja de zapatos que pintamos con círculos de colores y les digo que ahí pueden poner la plata. Es a voluntad, agrega mamá. Las clientas se miran. Una de ellas saca de la cartera una pulserita de plástico y la mete en la caja. Me guiña el ojo. Las otras dos agradecen y prometen volver con algo para colaborar. Salieron rápido de sus casas y no pensaron en el dinero. Mamá les dice que no hay problema. Las despide con las muelas apretadas y se va al sillón a enroscarse en las piernas huesudas del novio. Eso pasa por no escucharme, dice la abuela. Estas viejas son las típicas que comen mondongo y eructan caviar. Andá a taparme ese pozo y dejate de pelotudeces, nena. Esas no te largan un mango ni juntando todas las vidas pasadas. Mi prima acaba de levantarse. El barbudo la mira y se relame entre los brazos de mamá.

7

La abuela se fue a la casa de su amiga, le llevó a la chancha de vuelta. Le dijo que la próxima vez antes de regalar problemas lo pensara dos veces. Pero la vecina no supo de qué le hablaba, ni siquiera reconoció a Flora. La abuela dice que desde que murió el marido está perdida como perro abandonado en la ruta. Por eso le perdonó lo de la chancha, dice que tiene que recordarle su nombre a cada rato. Le anota todo en papelitos para evitar que su vida desaparezca. Lo que pasa es que los túneles de la cabeza siguen estando pero algunos se desconectan. La información se diluye y se pierden las palabras, las caras, las ideas. Todo se vuelve agua sucia. La abuela me contó que hace fuerza para retener a su amiga y que el mate amargo con burrito es remedio santo. Pero igual es difícil, a veces se la confunde a la abuela con su madre y le pregunta por sus hermanos que están muertos hace miles de años.

Mamá dice que el Alzheimer es falta de conciencia y de luz interior. Que se pierden los seres de karma oscuro. Y que si la abuela se hace la enfermera no es por compasión sino por interés y por gorda golosa. La casa de la viuda cotiza bien y las alacenas están siempre llenas de cosas dulces. A mí la señora me cae simpática. Habría que ser un bichito de luz y meterse adentro de su cerebro, alumbrar los nombres para que pueda reconocerlos y unir las ideas con pegamento. O quizá necesite un perro para no dormir sola.

La abuela me pidió que vigile bien la cocina. Que no deje que mamá y el nacido para nada entren a robar la comida. Pero tengo cosas más importantes que hacer. Martín, el encargado del bar, tiene franco e invitó a mi prima a lo de un amigo. La familia se fue de viaje y tenemos toda la casa para nosotros, me dijo mientras se cortaba el flequillo con una tijerita desafilada. Está feliz porque va a poder salir sin dar explicaciones. Amo el Alzheimer de la vieja, dijo. Se puso una camisa del novio de mamá y un pantalón mío que le queda ajustadísimo. Tuve que ayudarla a subir el cierre. Se acostó en el piso con las piernas abiertas y metió panza. Se le formaba un hueco entre las caderas. Daban ganas de tocarlo. Miré para otro lado y cumplí mi tarea. Le dije que estaba linda y respondió que todavía faltaba. Estuvo un rato frente al espejo. Se acomodaba las tetas y se mojaba los labios con saliva. Me pidió que le desabrochara el corpiño. Tenía la espalda hirviendo. Ahora sí, dijo orgullosa. Si querés podes venir conmigo.

Caminamos por una calle de tierra. La belleza de mi prima me hace sentir torpe. Mamá ni se enteró de que nos fuimos. Estaba metida en el pozo. El novio respiraba en forma de Om adentro de la casa. Antes de irnos, mi prima se le puso adelante y le suspiró sobre la boca. Él la miró y apretó los párpados. El sexo es como el Alzheimer, dijo ella en voz baja. Me reí sin entender.

8

La casa de Martín es un cuadrado de chapa y ladrillos huecos. Dos gallinas con insomnio picotean basura en la puerta. Mi prima grita llegamos y él viene corriendo. Dice que hagamos silencio que sus padres duermen. Huele a colonia y tiene los pelos de la cabeza parados con gel. Arrastra una mochila llena de botellas. Le pone un casco a mi prima y prende un cigarrillo. Aspira el humo y lo larga adentro de su boca. Se besan como si yo no existiera. Entrelazan las lenguas con fuerza. Son dos gusanos enredados. Quieren comerse. Se despegan con el ladrido de un perro. Él se ríe y me pasa el cigarrillo, pero digo que no con la cabeza. Me olvidé de lavarme los dientes.

Subimos a la moto. Voy en el medio, aplastada entre las tetas de mi prima y la espalda de Martín. No seas tímida, agarralo con fuerza que si no te vas a ir al carajo, dice mi prima. Lo abrazo. Su cuerpo es ancho y macizo, no llego a darle la vuelta. Aprieto la remera con las yemas de los dedos y apoyo la frente sobre la axila. Su transpiración me da vergüenza. Creo que me gusta.

Atravesamos la ruta a toda velocidad. Es la primera vez que ando en moto. Las luces de los costados se vuelven borrosas y la niebla se devora el campo. Siento la vibración del camino entre las piernas, los pozos del asfalto nos hacen saltar y mi cuerpo queda cada vez más atrapado entre ellos dos. Cierro los ojos. El motor cruje como si estuviera a punto de reventar. No quiero que lleguemos nunca.

9

Apenas entramos mi prima se saca los zapatos. Salta por el living como una coneja, dice que ama los pisos de madera. Los otros la miran y se ríen. ¿Pasaste por el jardín de infantes?, pregunta el dueño de casa clavándome los ojos. Cuidadito vos, dice Martín mientras mi prima le muerde la oreja.

El viaje en moto me dejó los huesos encorvados. Me siento más petisa. Una miniatura horrible que estorba. Miro mis pies e imagino que me voy doblando como una lombriz hasta meter el cuerpo adentro de las zapatillas. Ellos preparan tragos y ni siquiera me registran.

Me quedo sentada en un rincón, esperando que sea la hora de irnos. Veo que te gusta la música electrónica, dice un musculoso. Digo que sí con la cabeza y él escupe una carcajada adentro del vaso. La mentira se me instala en los cachetes. Me pongo colorada. La piel me arde, tendría que haberme quedado en casa. Mi prima me levanta del brazo y me empuja para que baile con ella. Muevo la cabeza imitando sus gestos y le digo en voz baja que tengo sueño. Me quiero ir. Levanta las cejas y la que se va es ella. Me deja sola. A ver si alguien me la entretiene, grita mientras sube el volumen de la música. Nadie responde. Bailan adentro de un círculo de risas y humo. Los miro sin saber qué hacer. Me arrastro entre los sillones esquivando sus pies desnudos.

La luz blanca de la cocina me tranquiliza. Agarro una revista vieja de arriba de la heladera y me pongo a hacer crucigramas. Alguien abre la puerta y hundo la cabeza en la página de entretenimientos. Martín y mi prima se besan contra la alacena. Te dije que no había que traerla, dice él chupándole el cuello. Me miran. Mi prima se acerca y me pide que no la haga quedar mal. El musculoso dice que puedo ir a su cuarto a mirar dibujos animados. Ella me guiña el ojo y vuelve a los brazos de Martín. Dejémoslos que hagan sus cosas, vení que te prendo la tele.

Subimos sin hablar. Él se adelanta y enciende una lámpara con miles de foquitos que parecen estrellas. Era la araña de mi tátara, dice, y me aplasta el peinado. En las paredes hay fotos de personas muertas. Retratos en blanco y negro de viejos bien vestidos. Por suerte la abuela no guarda recuerdos. Prefiero la pintura descarada y la humedad pegada al techo.

Ponete cómoda, en un rato subo y te traigo un vaso de gaseosa, dice dándome el control remoto. Le miro los brazos. Pienso en mi papá. Mamá me contó que cuando era bebé me agarraba a upa y me hacía volar como un avión. Quizá tenía los brazos parecidos, pero sin esa cara de estúpido. Sacate las zapatillas que se arruina la alfombra, ahora vuelvo. Le digo gracias sin mirarlo.

El musculoso no vuelve. Quiero ir a casa. Avanzo en puntas de pie hasta la escalera. Abajo apagaron las luces, ni siquiera hay música. Tengo sueño, vamos, grito. Pero nadie responde. Vuelvo al cuarto con el estómago revuelto. Intento rearmar mentalmente el camino que hicimos con la moto pero no tengo idea de cómo llegamos. Las ganas de llorar me traban las ideas. Mamá no sabe dónde estoy, tendría que haberle dejado una nota por las dudas. Por favor volvé, repito con los ojos cerrados. La telepatía es mi única esperanza, pero no funciona.

Camino por un pasillo oscuro. Las puertas están cerradas, cierro el puño y golpeo en uno de los cuartos. Me quiero ir, insisto. Mi prima se ríe en algún lugar pero no me escucha. Al final es igual a la abuela, quisiera quemarle la ropa y que la manden de nuevo al hospital. Te odio, digo en voz baja. Me siento en la puerta del baño y espero. Mi garganta se transforma en un nido de hormigas rojas. Me rasco el cuello hasta llorar.

SEGUNDA PARTE

PRIMER TRIMESTRE
1

El barbudo se fue. Nos despertamos y no estaba. Al principio mamá pensó que había ido a meditar arriba de un árbol o a comprar cigarrillos al pueblo. Hacía un tiempo había empezado a fumar. Mamá se enojaba y le decía que con el humo se incendiaba el ying y que tenía que hacer constelaciones familiares urgente. Pero a él no le importaba, sabía que a mamá con un beso se le pasaba el karma y después se iba a fumar con mi prima abajo de la higuera. Yo le miraba siempre el pantalón de jeans por las dudas de que se prendiera fuego. Nunca lo quise, pero tampoco lo quería ver muerto.

Cuando se hizo de noche, mamá empezó a preocuparse. Salió a caminar, habló en mantras con los ojos cerrados y antes de la cena se descompuso de los nervios. Al día siguiente mi abuela nos despertó con la radio a todo volumen y una sonrisa gigante. El barbudo había dejado una nota arriba de la heladera. Decía que su misión acá había terminado, o algo así. Mamá lloró sobre el papel. La abuela dijo que no entendía por qué había parido una hija tan imbécil. Después le dio un mate y le alcanzó un balde lleno de agua con jabón blanco y un trapo. Para superar la tristeza, nada mejor que la limpieza, dijo. Mamá le respondió que se sentía mal, que necesitaba estar tranquila. Si querés llorar como una monja sin convento hacelo, pero por lo menos ayudá con las tareas de la casa. Estar así por un hombre, dios mío, si tu padre te viera.

Ahora mamá se pasa el día entero con los pies enterrados en el pozo. Casi no habla y dejó de mirarme. Yo me alejo porque no sé qué decir. La veo llorar y empiezo a comerme las uñas, es un reflejo automático que la abuela reprocha con escobazos. Desde que el novio se fue, mamá no tiene ganas de hacer nada. Y a mí me sangran los dedos.

2

Para compensar la falta del barbudo el universo nos trajo un pelado. Eso le dije a mamá para convencerla de que el lagarto se quedara en casa. Lo encontré en el baldío, mientras juntaba pelotitas de eucalipto para el pozo. Es un animal prehistórico, de la época de dios, insistí. Mamá no respondió, así que tomé el silencio por un sí. Mi prima me dijo que la chancha le caía mejor. Que al menos, aunque estuviera loca, podía servir para algo y que los reptiles parecían momias teñidas de verde. Igual aceptó ayudarme a esconderlo, a cambio tengo que conseguirle cigarrillos. Se los robo a la amiga de la abuela y los escondo en las medias mientras ellas comen torta fritas. Es muy fácil porque la vieja no se da cuenta de nada.

Mi lagarto vale cualquier delito. Es un animal perfecto. Un cuerpo antiguo con ojos de aceituna y párpados invisibles. Con la chancha me divertía pero con él tengo una relación única, podemos mirarnos todo el día. Mi cabeza entra justo en la ondulación de su cuello y le gusta que le frote la mandíbula con mi pelo sucio. Mi prima dice que es una víbora con patas, pero a él no le importa. Es un macho frío y nada le afecta.

La abuela aprovechó el sonambulismo de mamá para anotarme en la escuela. Hoy es el primer día de clases. Me despertó más temprano que el gallo y ahora me obliga a tomar mate cocido con leche. Le digo que mejor es dar el examen libre a fin de año y responde que sobre su cadáver. Me imagino sentada sobre el cuerpo podrido de la abuela y me da risa. La escuela no es cosa graciosa y no quiero burras en mi casa, dice.

Antes de salir me prepara un sándwich y hunde los pulgares sobre el pan caliente. Dice que así es más rico, que parece de miga. Yo veo una cara cuadrada con ojos amputados. Dos orificios húmedos que dejan ver el contenido del cráneo: pollo frío y mayonesa sin limón. No tengo hambre, le digo. Pero ella se hace la sorda. Envuelve el sándwich en una servilleta blanca y lo guarda en una bolsa. Después me manda a buscar un lápiz y una hoja, dice que no puedo ir sin nada para hacer los deberes, que tengo que ser una alumna ejemplar.

Aprovecho y voy al cuarto. Mi prima está dormida, babea como una retrasada mental. Saco a mi lagarto de abajo de la cama y lo escondo en el placard. Me da miedo que la abuela lo encuentre, se lo comería crudo. Tiene pinta de tiernito. Y si él tiene la desgracia de

verla a ella, podría asustarse de su gordura de gelatina y se le caería la cola. Un lagarto sin cola es parecido a una víbora. No quiero darle la razón a mi prima. Además si se queda sin cola va a tener que vomitar para sacar afuera la mierda o si no va a explotar. Y mi prima va a salir con esos tacos ridículos que tiene, va a pisar sus ojitos de aceitunas y yo voy a encontrarme con su mirada pegada al suelo y voy a querer explotar con él. Mejor trabo la puerta con una silla.

Qué hacés ahí dura, nena, dice la abuela. Dejá de mirar la ropa y de perder tiempo que ya separé y planché la camisa que te vas a poner. Cierro el placard y salgo rápido del cuarto. La abuela me pone una camisa blanca que era del barbudo. Huele a lavandina y me queda enorme. Me abrocha todos los botones y me aplasta los hombros como si quisiera clavarme al piso. Para el mes que viene te consigo un guardapolvo, dice. Agarro el lápiz que usamos para las listas del supermercado y lo meto en la bolsa. La abuela lo saca, dice que no tiene punta. Le pasa un cuchillo para sacarle filo, el lápiz queda chiquito. Lo que importa es que escriba, no te quejes.

Mejor empiezo mañana, le digo a la abuela. Mejor acordate de comer en el recreo y de hablarles a las maestras de lo buena que soy en la cocina. Vamos a hacer negocio con tus estudios. De algo hay que vivir. Le digo que espere un segundo, que me olvidé una cosa importante. Andá y volvé rápido, dice la abuela.

Mi lagarto sonríe dormido entre las zapatillas viejas. Sus labios flaquitos y estirados me dan ganas de darle un beso, pero me aguanto para no despertarlo. Le dejo una hoja de lechuga por si se levanta con hambre y prometo regresar lo antes posible. Después nos vemos, lagarto de mi vida, le digo al oído. Él abre los ojos, me mira fijo y no hace un sólo gesto. Parece muerto de amor. Raspo su cabeza con la carne viva de mi dedo gordo y reacciona dándome un beso fugaz. Su lengua está helada. Entra al orificio de mi nariz y me corta la respiración por un segundo. Cierro la puerta y se me forma un hueco en la panza. El amor más que mariposas me hace sentir agujeros.

3

Caminamos rápido. La impuntualidad es para los santos, dice la abuela. Llegamos a la puerta del colegio antes que las maestras. Es más grande de lo que pensaba y la entrada está recién pintada de rosa. Es linda, le digo. ¿Viste?, y todo gracias a Cipriano que donó unas latas de pintura aprovechando lo que no usó para las morcillas. Eso es lo bueno de ser dueño de campo y de matadero. Si me hubiera casado con él hoy en vez de mantener vagas estaría comiendo asado a troche y moche en una casa bien pintada.

No entiendo qué tiene que ver la pintura con la morcilla, por las dudas no pregunto. Mientras esperamos que abran la puerta, me miro en el reflejo de la ventana. Mi pelo es un sauce eléctrico. Intento arreglarme con los dedos pero los nudos no se desarman. Soy un espantapájaros disfrazado, se van a reír de mí. Me voy, acordate del sándwich, dice la abuela mientras se escurre en un gallinero de madres y chicos nerviosos.

La única nueva soy yo. La vecina de pelo lacio y trenzas perfectas se sienta adelante. Tiene una mochila con rueditas y un guardapolvo de tablas. Me siento al fondo para que no me vea, pero la maestra me llama y pide que me presente. Le digo que no con la cabeza. Vení a escribir tu nombre en el pizarrón, vamos, no seas tímida, dice con voz de pájaro afónico.

Todos los ojos se me clavan en el pelo. Pican como aguijones. Hundo la cara entre las manos. Alguien dispara una goma de borrar en mi espalda y estallan las carcajadas. No me muevo, mientras no los mire es como si no existieran. La maestra golpea el pizarrón y las risas se convierten en un murmullo apagado. Vení, linda, que perro que ladra no muerde. Cierro los ojos. Pienso en mi lagarto. Ya debe estar despierto y yo acá como una estúpida perdiendo el tiempo. No te dejo nunca más, te lo juro. La goma de borrar ahora se incrusta en mi pelo. El coro de gallitos empieza a reír de nuevo y la pájara grita y manda a alguien a dirección. Son unos salvajes, qué va a pensar la compañera nueva, dice agitando la voz. Apoya una mano sobre mi hombro y yo me aprieto la cara fuerte para que no se me escape ninguna lágrima. Después me abraza. Quiero morderla y llenarme la boca de plumas, pero me aguanto y me dejo arrastrar por sus manos que me llevan al baño de señoritas.

El recreo es lo peor. Me quedo dentro del aula esperando que suene

la campana. La vecina de trenzas pasa por al lado mío y hace una mueca. Si querés te presto mi mochila del año pasado, dice mirando la bolsa de plástico que me dio la abuela. Lo que sí vas a tener que tacharle mi nombre porque mamá me bordó Constanza Mayoral. No respondo. Ella levanta las cejas y dice que no tener plata debe ser horrible. Mi mamá me contó que son pobres porque tu papá las abandonó, dice mientras se plancha las tablas del guardapolvo con las dos manos. No somos pobres, le digo. Ah, entonces son hippies. Tampoco. Mamá dice que los hippies son sucios y que nunca compran nada. La miro en silencio. Busco alguna imperfección en su cara pero no la encuentro. Hace un gesto con la nariz y se va. Me grita hippie loca desde la puerta. Saco el lápiz y el sándwich de la bolsa. Casi todos los chicos almuerzan en el comedor. Ella come con sus hermanas en las gradas del patio, cada una tiene un taper con su nombre. Despego la servilleta del pan húmedo y mastico rápido antes de que vuelva la maestra. Me limpio las manos con la bolsa y la escondo en la mochila de Constanza. Sus útiles nuevos se manchan de mayonesa.

4

La abuela está enojada conmigo porque no le conseguí ningún encargo de sándwiches. Me dijo que la próxima va a mandarme directamente con la canasta para que yo los venda en el recreo. Le dije que está prohibido y respondió que en su casa prohibido es ser una inútil. Ahora no me deja entrar hasta que sea de noche. Pero no me importa, prefiero estar acá en el pasto con mi lagarto. Dormir al sol con él es lo mejor. Lo acaricio despacio para sentir la textura de sus escamas y él agradece dando lengüetazos al aire. Dejamos que el calor nos derrita la memoria. Mamá da vueltas alrededor del pozo, a veces me mira con los ojos embarrados y yo la ignoro.

Me paso la tarde entre el sueño y la recolección de insectos. Reviento uno por uno y se los doy al lagarto que sonríe agradecido. Abre la boca y las dos aceitunas que tiene de ojos se iluminan. Estoy segura de que en su familia son mucho más avanzados que en la mía. Si pudiera transformarme en reptil me iría feliz a vivir a un pastizal con ellos. Le pido perdón por hacerlo soportar a estas mujeres. Él no responde y se sube a la rama de la higuera. Le tiro un beso y me voy. A veces necesita estar solo.

Tengo que ir al baño, le digo a la abuela por la ventana. Calavera no chilla, lo hubieras pensado antes. Le pido por favor, que me hago pis, pero no me deja. Andá a mear al pozo. Al fin tiene una buena idea. Me saco las zapatillas y meto los pies en el barro. Mamá se acerca, pregunta cómo me fue en la escuela. Le digo que bien, me levanto la pollera y hago pis mientras ella se seca las lágrimas. Odio que llore. Parece una nena de primer grado. ¿Te hiciste amigas?, pregunta. Le digo que sí. No sé para qué se hace la interesada si total yo sé que no le importa nada. Sólo piensa en el barbudo. No entiendo cómo puede estar así por ese novio que no hacía otra cosa que hablar en mantras y meterle la lengua a mi prima. Tengo ganas de contarle todo, pero no tiene sentido. Mamá no escucha a nadie. Camino descalza hasta la bomba de agua y meto la cabeza abajo del chorro. Está tan fría que me hace arder los ojos.

5

Mi prima se peleó con el chico del bar. Estuvo toda la noche quejándose y cortando ropa que ya no le entra. Hace unos días que se le dio por hacer animales de tela. Cosió hasta que salió el sol, hablaba sola y cantaba cosas sin sentido. Le pidió a Elbuda, el dios de los mantras, que le traiga un muñequito de regalo. El barbudo, antes de irse, le dio un collar con Elbuda recién bañado que mi prima ama como si fuese un actor de cine famoso. Habla con él todos los días y le besa la panza. Le pregunté qué le gusta tanto de un gordo en toalla y dijo que yo no entendía nada.

Ahora duerme abrazada a un oso relleno de pasto que todavía no tiene boca. La abuela dijo que es una macumbera sucia. Si seguís arruinando la ropa te voy a sacar de patitas a la calle. Pero ella no escuchó, últimamente duerme todo el día y no la despierta ni el concierto de lágrimas de mamá. La abuela no se cansa de repetir que la vagancia engendra vagancia. Yo tengo miedo de que de tanto dormir no se despierte más, así que por las dudas no digo nada. Las palabras a veces son peligrosas y de sólo nombrar lo que uno piensa se cumple lo peor. Por eso prefiero guardar las cosas feas adentro de mi cabeza. Ya debo tener algunas ideas podridas, pero no me importa con tal de evitar una tragedia.

6

Las charlas de mi prima con Elbuda y su oso de tela cada día son más insoportables. Ahora se le dio por creer en los milagros y cantar a los gritos, dice que es heavy metal, la madre de todas las músicas. Hizo un gato negro con tres orejas deformes y una cola de media, dice que es una colección que recién empieza. Le digo que no tiene futuro como costurera, que mejor vaya a trabajar a un bar y que me deje dormir tranquila. Dice que soy una pendeja de mierda. Se ríe, escupe al costado de la cama. Prende la luz y me tapo la cara.

Intento dormir pero no puedo. Al rato empiezo a escucharla otra vez. Los ruidos que hace me molestan. Me aprieto los oídos con las dos manos y ella habla cada vez más fuerte. No entiendo lo que dice. Su voz me hace transpirar. Dejo un hueco entre las sábanas y mi ojo izquierdo se encuentra con el suyo. Está desnuda, tocándose con el collar enredado en la mano. Se muerde los labios y mueve los dedos rápido, se retuerce sobre el piso. Dice que sí, que sí y yo no aguanto más y grito basta.

Me escondo abajo de la almohada pensando que se va a enojar pero no para de reír. Tendrías que probar, dice. Cuando quieras te enseño algunos trucos, nada peor que depender de los hombres. Se mira las tetas, las acaricia. Están más grandes, ¿viste? No te pongas colorada, yo sé que vos nos espiabas. Le digo que no vi nada y me encierro en el placard con mi lagarto. Su piel fría me relaja. Cierro los ojos y pienso en los bichos que hay dentro del frasco de su comida. Los pobres van a morir en cualquier momento y ni siquiera se dan cuenta.

7

La directora de la escuela se llama Rosa Del Aire. Es una gorda pelirroja que se pinta los labios todo el tiempo. La abuela dice que cualquier persona normal con esa delantera se caería al suelo. Pero ella camina de un lado al otro levantando el pecho como una paloma que quiere conquistar el mundo. Usa corpiños apretadísimos y casi no tiene cuello. Los varones se agarran a piñas a propósito para que los manden a dirección, así pueden mirarla de cerca. Se hacen los religiosos y piden ver a la virgencita de oro que se ahoga en su escote.

Ella los sienta sobre la falda y los obliga a recitar los padres nuestros. Espero que conmigo no haga lo mismo porque no me sé el nombre de nadie, ni siquiera el de mi papá. Además no quiero que me apoye las tetas en la cara. Joaquín, mi único amigo de la escuela, me contó que le brillaban y que pensaba que era su piel natural, pero un día cuando se acercó a tocar a la virgencita se dio cuenta de que entre las tetas había un montón de gotas de transpiración.

Es la primera vez que me mandan a hablar con Del Aire. Me quedé dormida en la clase de matemática. No sé por qué les fastidia tanto que uno duerma. A mí no me interesa molestar a nadie, me siento al fondo y espero a que suene la doble campana para volver a casa con mi lagarto. El problema es que la estúpida de la maestra está obsesionada. Quiere que tenga amigas y que me peine.

La dirección está llena de cosas inútiles. Del Aire colecciona caballitos de mar que cambian de color según el clima, caracoles gigantes y esas burbujas de vidrio que se llenan de nieve. Joaquín me contó que ella nunca salió del pueblo pero siempre que alguien se va de viaje pide que le traigan un recuerdo. Lo sabe porque Rosa era prima hermana de su mamá, que ahora está muerta porque la pisó un camión en la ruta.

¿Qué pasa con usted, señorita?, pregunta la directora mientras se pinta los labios. Me dijo su maestra que se duerme en las clases y que no habla con nadie. Le digo que nada y sigo mirando los adornos. La mayoría tiene detalles en color dorado. Veo que sabe apreciar lo artístico. No respondo. Ese angelito de ahí arriba es el que cuida a todos los niños de la escuela. Es el arcángel Gabriel, cuando alguno toma el camino equivocado él lo trae de regreso. Sonrío. Gabriel se parece a mi prima. Además la vieron desmenuzando sándwiches abajo del pupitre durante los recreos, ¿está haciendo dieta o alguien la hizo

enojar? ¿Ah, no? Entonces no son formas de comportarse. Digo que sí con la cabeza. No quiero llegar tarde a casa. Es verdad, señora Del Aire, le pido disculpas. Usted tiene que hacer amistades y comportarse como cualquier chica de su edad. Ahora se va a quedar acá rezando cinco padres nuestros mientras yo me voy a una reunión.

Mi lagarto debe tener hambre y odio no cumplir mi promesa de llegar temprano para almorzar con él. Cuando Del Aire se va, arranco una hoja y escribo en letra cursiva: como no me acuerdo de ningún padre, recé diez madres nuestras. Agarro un lobo marino y lo guardo en la mochila. Me voy antes de que suene la campana.

8

Hoy la abuela se fue temprano a cuidar a la vecina. Iba a volver sola pero Joaquín me dijo que tiene un atajo. Salimos rápido de la escuela, él también odia el gallinero de la puerta. Se mete en un terreno baldío y dice que lo siga. Intento ir a su ritmo pero los yuyos me pinchan las piernas y me obligan a frenar a cada rato para sacarme los abrojos. Levanto la vista y no lo veo. Joaquiiiín, grito, y él responde con un chiflido. Está trepado a un árbol de ciruelas. Se cuelga de una rama y se ríe mientras escupe los carozos. Me dice que suba, pero tengo pollera y no quiero que me vea la bombacha. No insiste. Me gusta que nunca diga las cosas más de una vez. Se saca el guardapolvo y lo llena de frutos como si fuera una bolsa de compras.

Lo espero abajo mirando el cielo. Las nubes forman animales que se pierden entre las copas de los árboles. Un rinoceronte se transforma en pez y choca contra una ballena azul. Joaquín me da una ciruela. Cerrá los ojos, dice. Ahora mordé. Es demasiado ácida y está verde, no me gusta pero igual mastico sin decir nada. Está tan contento con sus frutas que no quiero desilusionarlo. Era el árbol preferido de mamá, dice, te hubiera gustado conocerla, ella era como vos. No entiendo qué quiere decir pero sonrío porque no sé qué hacer con la cara. Él dice que no importa, que no le dan miedo los fantasmas de su familia, y que muchas veces habla con su mamá.

Los cardos hervidos quedan riquísimos, digo para cambiar de tema. No me gusta hablar de la muerte. Joaquín guarda las ciruelas en la mochila y se ata el guardapolvo a la cintura. Te juego una carrera, grita, y antes de que pueda contestar empieza a correr como un caballo. Voy atrás. Soy lenta, nunca fui buena deportista. El corazón me late fuerte y empiezo a transpirar como la abuela cuando cocina. Siento que no puedo más pero sigo hasta que en un momento los pies corren solos. Ahora somos dos animales. Aunque al lado suyo soy un perrito chueco. Tranquila, es sólo cuestión de entrenamiento, dice como si fuera capaz de escuchar lo que pienso. De golpe frena y me tira una ciruela. La agarro en el aire y él se ríe. Sus dientes torcidos y su boca pintada de rojo me dan gracia. Empiezo a reírme yo también. Corremos de la mano y a las carcajadas. Su velocidad me arrastra.

Joaquín me invita a conocer los tractores. Le digo que no puedo, que le prometí a mi prima volver temprano y que me están esperando para almorzar. En realidad al que le prometí fue al lagarto. Y comida

nunca hay porque, si la abuela no está, nadie come. Un rato no cambia nada, dice él mientras abre la tranquera con el pie.

El jardín es un cementerio de tractores. De cerca parecen dinosaurios de lata. O tanques de guerra. En el pasto hay tuercas y pedazos de hierro oxidado. El sol del mediodía rebota contra los espejos y forma estrellas en el aire. Joaquín se sube a la rueda de un salto y de la rueda, al asiento del conductor. Se pone un sombrero de paja agujereado y dice que suba. Trepo por las nervaduras de goma como si escalara una montaña, él me ayuda a alcanzar la cima. Me hace lugar al lado suyo y dice que lo que más le gusta de los tractores es sentirse un águila. Desde acá veo todo, dice frunciendo el ceño. El reflejo del sol le achina los ojos. Imito su gesto y veo el horizonte borroso y dorado.

9

La abuela preparó un cordero que le regaló la vecina. Hace meses que no comemos carne. Nos sentamos a la mesa las cuatro. Mamá está pálida y flaquísima. Mi prima la mira y se chupa los dedos. La abuela llena los platos sin hablar. Su silencio me preocupa. Le digo que me duele la panza y que quiero ir a dormir pero dice que hasta no dejar el plato lustrado no voy a moverme de ahí. ¿O te crees que el horno está para bollos? Agarro el cuchillo y empiezo a desgarrar la carne. No respondo. La grasa me empalaga.

Mamá come con cuidado de no mancharse. Necesita el animal muerto para subsistir, su piel se volvió transparente. Las venas apenas dejan pasar el volumen mínimo de sangre para que siga viva, está tan flaca que da impresión. Mastica y el cordero viaja directamente a sus ojos, tienen un brillo especial. Mi prima, en cambio, devora. Clava el tenedor en el hueso y le pasa la lengua. Con las sobras, una buena sopa, dice la abuela.

Las miro comer y siento vergüenza. Me dan asco las patas sobre el mantel. Entre las pezuñas se escapan dos pelitos negros. La abuela come despacio y dice que la carne es buena para la leche. Mamá la mira y se traga los mocos. Mi prima sigue comiendo sin mirar a nadie. Toda su atención está en el plato vacío. Le pasa el dedo tratando de rescatar algo.

Me apuro a terminar mi porción. Quiero irme al pasto con el lagarto. Como lo más rápido que puedo. No siento el gusto de la comida, sólo la sal pegada al paladar. De pronto algo se traba en mi garganta. Empiezo a toser. El aire no pasa por mi boca. La abuela se levanta de un salto y me golpea la espalda. Tengo los pulmones vacíos. Me pega cada vez más fuerte pero no sirve de nada. Algo me pincha, no llego a sacarlo con las manos pero tampoco puedo tragarlo. Estoy en el medio, detenida por un hueso roto. Mi garganta se vuelve angosta y filosa. La abuela grita jesusmariajosé mientras mi prima sigue masticando las sobras. Me ahogo. Mamá se levanta de la silla y me presiona desde atrás. Siento su amor en la boca del estómago. Me aprieta fuerte con las dos manos hasta que escupo. Me quedo en el suelo, con la cara pegada a las baldosas frías. Escucho que mamá llora y levanto la vista. Todo está nublado, pero respiro.

10

Lo hiciste a propósito, ¿no?, pregunta mi prima tocándose la panza. Le digo que no. Todavía siento el nudo, el corderito muerto quedó atascado en mi cuerpo. Es obvio, te pusiste celosa y quisiste arruinar todo. Una vez que logro un poco de atención vos me la robás. No me vas a decir que no te diste cuenta de que era una comida especial, para festejar la noticia. Espero que no seas igual con él. Le pregunto por qué no me lo había dicho y dice que soy una estúpida, que cualquiera se hubiera dado cuenta. Las embarazadas tienen antojos y están gordas. Vos sos rara, le digo. Me mira y se muerde el labio. Su risita de costado me da bronca.

Ahora cada vez que la miro pienso en un bebé chocándose contra su piel. Cuando mi prima está desnuda se ve el dedito redondo que se asoma. ¿Ya te va a desaparecer el ombligo?, le pregunto. No seas bruta, si mi hijo apenas tiene el tamaño de una uva, ¿sabés todo lo que falta? Y además cuando pase no me va a importar, tener un hueco en el medio de la panza siempre me pareció horrible. Aprieta los puños y se queja de no poder dormir boca abajo. La abuela le dijo que tenía que mirar el techo, si no la criatura le iba a salir con la cara aplastada y en el campo los chinos tienen mala fama.

SEGUNDO TRIMESTRE
1

Estoy en una pileta gigante. Camino por el borde hasta llegar a la parte más honda. Es una pileta especial, de agua salada, y para aprender a nadar hay que tomar clases. En el sector de chicos hay hombres y mujeres que esperan las indicaciones del profesor, todos tienen mallas rojas y antiparras. Los miro desde afuera. Me alejo y nadie se da cuenta. Trabo los pies contra el borde como me enseñó mamá. Respiro profundo y me tiro de cabeza. Lo que sigue es en cámara lenta, el viento salado en los labios, la sensación de libertad y la piel erizada a punto de volverse escamas. No me caigo, vuelo hacia el fondo.

Ahora estoy abajo del agua, sepultada por la sal. Es tan densa que el cuerpo no puede flotar. Apenas logro mover los brazos. No soy un pez. Toco el piso con los dedos y me doy cuenta de que si nadie me ayuda voy a morirme.

Abro los ojos. El cuarto está iluminado por una vela. Mi prima come pomelos y tira las cáscaras por la ventana. Su panza me mira antes que ella. Pregunta si vi un fantasma. Le digo que soñé algo horrible y me convida un pomelo. De un día para el otro le creció el bebé. O quizá sólo haya engordado y el suyo también sea un embarazo inventado, como el de la chancha.

Le pregunto si el agua de la panza es dulce o salada. Dice que depende de la madre. La mía es cítrica. Mi hijo va a ser una pequeña mandarina. Pienso en mamá. Su agua debe ser sucia, dicen que cuando nací tenía los dedos pegados como una rana. Los médicos tuvieron que cortarlos con bisturí, todavía tengo las marcas. Los anfibios crecen en charcos de lluvia. Nunca en agua limpia. Ahora entiendo por qué amo tanto a mi lagarto. Venimos de piletas parecidas. Tener el interior seco como la chancha debe ser feo. No puede crecerte nada. Pero lo peor es que tu agua sea salada y se mueran todos tus hijos antes de nacer.

La sal es una pesadilla, le digo a mi prima. Estás loca, responde, y sigue masticando un pomelo. Lo que daría por un pedazo de carne. Le pregunto si ya no le interesa ser vegetariana. No. Si pudiera te comería, dice mostrándome los dientes. ¿Y cómo se va a llamar el bebé? Mesías Elbuda. Le digo que Pedro es más lindo y hace el gesto

de una arcada. Peor la abuela, quiere ponerle Hipólito Abelardo. Igual, cuando nazca, nos vamos. Quiero irme con ustedes. Sólo si me hacés masajes, me duelen las piernas. Dale. ¿Y vos ya te aburriste de tu víbora con patas? Es un lagarto y está durmiendo. El bicho hiberna, mejor buscate uno de sangre caliente, como hice yo. Callate, le digo. Si se me revientan los tobillos y quedo paralítica vos le vas a hacer el documento. Sos la única que sabe el nombre. Le digo que sí mientras le acaricio los pies. Están hinchados. Le miro la panza. Siento una mezcla de asco y ganas de abrazarla. No tiene sentido. Yo no pude haber vivido dentro de mamá, habré salido de otra parte. Miro la oscuridad por la ventana. Todavía me asusta el campo cuando es de noche. Vuelvo a su estómago. Imagino al bebé flotando como un astronauta. Debe sentirse solo. Adentro tampoco hay luz.

2

La odio. Esa manera que tiene de decir Constanza Mayoral, bajando la pera y sonriendo con exageración para que se le noten los hoyuelos. Lo único que le importa es caerle bien a todo el mundo. Si la maestra dice que le gusta la tarta de manzana, va al día siguiente y le lleva una porción. Y lo peor es que miente. Le regaló a Joaquín un dibujo, le dijo que lo había hecho sin copiar de ningún lado. Pero yo vi cómo lo calcaba de un manual mientras los chicos almorzaban en el comedor.

Ahora se hace la que llora para que le tengan lástima. Encima le funciona. La quieren porque es linda y tiene la mejor cartuchera, una de tres pisos con gatos que brillan. Se la trajo su papá de un viaje y también le compró unas sábanas con el mismo estampado. Las chicas se mueren de envidia, le piden ser sus amigas para ir a la casa. Ella les dice que lo va a pensar y sigue inventando regalos del extranjero. Según cuenta, su papá es dueño de una empresa importante, un día va a ser presidente y van a tener un establo con tres caballos blancos traídos de no sé dónde.

La maestra dijo que esperaba más de mí. Que no entiende por qué arruiné el guardapolvo de mi compañera y que la defraudé por completo. Le respondí que no me importaba y me mandó a dirección. Del Aire me sentó frente a su escritorio y me obligó a reflexionar durante diez minutos, dijo que después íbamos a hablar. Está ahí esperando que me arrepienta o que llore como Constanza, pero no pienso decirle nada.

Pasan quince minutos y ni una palabra. Me siento orgullosa de mi silencio. La directora se levanta y viene al lado mío. Tiene una cajita de caramelos en la mano. Me mira de cerca y pregunta por qué lo hice. No respondo. Ya veo, dice en voz baja y arrastra una silla. Se saca los zapatos. Tiene los pies llenos de talco y una media rota. Al final mamá tenía razón, venir a la escuela es perder el tiempo.

Del Aire abre la caja y saca un bombón de fruta. Mastica con los ojos cerrados una pera en miniatura. Uno nace con pretensiones de halcón pero termina siendo un ave de corral, dice. La miro sin entender. Yo quería ser actriz de cine, recorrer el mundo. Ahora estoy acá, rodeada de problemas menores y de recuerdos de viajes que nunca hice. ¿Te gustan los animales? Le digo que sí. Vuelve a su escritorio. Camina con las rodillas torcidas para adentro y se arregla el pelo. Saca un libro y me lo da con una manzanita comestible. Mañana

no vengas, estás suspendida, dice y me guiña el ojo. Lo tiene delineado con purpurina.

Espero en la vereda a que suene la campana. No quiero llegar antes para que la abuela no sospeche. Abro el libro al azar y encuentro un pájaro enorme. Es tan negro que no se le ven los ojos. Al lado, un hombrecito de traje gris sonríe con una lupa en la mano. El texto dice que cada pluma del Argentavis Magnificens medía lo mismo que una persona y que el ave pesaba más de cien kilos. Los tractores del papá de Joaquín deben pesar lo mismo, Del Aire también. El Argentavis era ciego, como los murciélagos. Ahora entiendo por qué las plumas parecen cuchillos. Un animal sin ojos necesita defenderse.

Los chicos salen de la escuela y me miran. Constanza aparece de la mano de la maestra, tiene el guardapolvo de tablas escondido en la mochila. Su mamá la abraza y ella finge unas lágrimas mientras me saca la lengua. Joaquín se acerca y me pregunta si vamos. Le digo que no, prefiero caminar sola. Seguro va a querer pegar ese dibujo horrible que le hizo Constanza en la ventana del tractor. No pienso ayudarlo. No responde. Se va y me saluda de lejos con un gesto, como hacen los viejos del campo. Si fuera el Argentavis me tiraría ahora mismo en caída libre y los aplastaría a todos con el filo de mis alas. Hundo los ojos en el libro. Me imagino la vereda de tierra llena de sangre. No me gusta lo que pienso. Sigo leyendo. El pájaro necesitaba la presencia de vientos fuertes de la cordillera para levantar vuelo. En épocas tranquilas se quedaba adentro de una cueva y esperaba. Era un ave solitaria. Se alimentaba de dinosaurios pequeños. Levanto la vista. Me aseguro de que no quede nadie. Guardo el libro en la bolsa y vuelvo a casa corriendo.

3

Salgo de casa temprano, no quiero que la abuela se entere de que me suspendieron. Llevo un pedazo de pan y el libro que me prestó Del Aire. Camino para el lado de las Mayoral, me subo al árbol y miro la casa. No hay nadie, el perro duerme pegado a la estufa. Ojalá pudiera dormir con él. Me duele la cara del frío. La piel me pincha como si el aire tuviera espinas. Estiro el pulóver, me envuelvo los pies. Soy un animal con caparazón de lana. Mastico el pan, escupo migas para los pájaros y trituro hojas secas con los dedos. Todavía la madre de Constanza no volvió. Acá arriba el tiempo es demasiado lento.

Abro el libro en una página del medio. Un bicho transparente con garras en la cabeza flota abajo del agua. Es un camarón esqueleto. Un crustáceo que vive en el fondo del mar. «Tiene la particularidad de ser una especie invasora. La hembra al terminar de copular envenena al macho y luego lo consume lentamente».

Miro el dibujo. Pienso en mi prima masticando el cuello del barbudo. Lo succionaba con la boca abierta como los peces que limpian los vidrios. Después se relamía y él se dejaba caer entre sus piernas. La abuela siempre dijo que mi prima es venenosa. Quizá tenga razón. «Tanto por sus extraños comportamientos como por la extravagante apariencia, estos animales parecen criaturas alienígenas. Para alimentar a sus crías, la hembra atrapa una presa, come su coraza y forma con ella una gelatina». Mesías Hipólito Abelardo Elbuda todavía no tiene cuna. Mejor que yo me ocupe de armársela rápido, antes de que mi prima ande escupiendo tripas en el cuarto. Nadie merece nacer en un vómito.

El perro ya no está en la estufa. La madre de Constanza llegó y lo sacó afuera. Ahora raspa la puerta mientras ella fuma en la ventana y lo ignora. Traga el humo rápido como si tuviera hambre. Le da tres pitadas y clava el cigarrillo en una maceta de alegrías del hogar. Se sienta en la mesa de la cocina a tocarse las manos. La miro durante un rato pero no hace nada, es aburrida. Sigo leyendo. Un cangrejo miniatura me mira desde la página cincuenta. Según los canadienses, los cangrejos ermitaños sienten dolor. El flash de la cámara le debe haber lastimado los ojos porque tiene cara de susto. En letras negras dice que los crustáceos habitan en todas las profundidades del océano y también en la tierra. «Sus larvas tienen un solo ojo, el ojo naupliar, que luego es sustituido por ojos compuestos. En algunos crustáceos, se

conserva el naupliar incluso después de que los ojos adultos se han desarrollado».

Me toco los míos, los aprieto. ¿Alguna vez habré tenido un ojo naupliar? Tal vez el bebé tenga. Mi prima dijo que, en los primeros meses de embarazo, las personas son renacuajos. Hay que tener cuidado de que no nazca antes de tiempo para que no le falte ningún pedazo. La abuela me contó que un hermano suyo nació sin nariz. Murió a la semana y lo enterraron en el fondo de la casa, al lado de la tumba del perro.

La madre de Constanza se pinta las uñas. Lo hace despacio, cuidando que la pintura roja no le manche la piel de los bordes. En el libro dice que la palabra crustáceo viene de *kreus*, que significa crear costras o empezar a congelarse. Las uñas son costras. Ella las tapa con esmalte porque le gusta parecer liviana. Entre las dos hacemos un verdadero crustáceo. Tengo los pies húmedos. Hoy salí rápido y me olvidé de ponerme papel de diario en las medias. Siento que los dedos se me van a volver cubitos de hielo.

Me como el pan que queda y bajo del árbol. Todavía es temprano pero no aguanto el frío. Vuelvo a casa caminando despacio. Pienso decirle a la abuela que la maestra se descompuso y nos dejó ir antes. Practico la mentira durante dos cuadras. Pero al final no la necesito, la abuela no está, debe haber ido a cuidar a su amiga. Mi prima duerme con la persiana baja. Me saco las alpargatas y me acuesto al lado suyo. Tiene el cuerpo tibio. Respira agitada, como si recién saliera de abajo del agua.

4

Me gusta pensar en el mar cuando está todo oscuro. Hace cinco noches que no puedo dormir. Me desvelo mirando la panza de mi prima, tengo miedo de que el bebé se ahogue. Quizás ella se equivocó y su interior en vez de ser ácido esté lleno de sal como el mar y como la pileta de mi sueño.

Pienso también en el pájaro gigante. No entiendo cómo hicieron para llevarlo al museo sin que se pudriera después de millones de años de estar muerto. Es posible que sea un invento del señor de traje gris para hacerse famoso. O tal vez todavía existen y los científicos no quieren decir nada y los tienen atrapados en jaulas para hacer experimentos o les cortan las alas y se las venden a los samuráis para que las usen de espadas. Pobre Argentavis, si la jaula fuera de alambre podría romperla, pero seguro es una pecera de vidrio. El hombre tiene cara de inteligente.

Le pregunté a la maestra qué pasaba con las panzas saladas y me dijo que dejara de tomarle el pelo. Que los únicos que vuelan son los pájaros y, con suerte, los aviones. Como la respuesta era muy importante, insistí. Usé la palabra vientre y le pregunté si los vientres salados de las ballenas podían tener hijos. Mis compañeros rieron y ella se enojó, dijo que la próxima me iba a dirección. Constanza levantó la mano y me acusó de confundir a las ballenas con las cigüeñas. Dijo que las cigüeñas eran historias para los nenes chiquitos y que venían de París, una ciudad hermosa donde ella iba a vivir cuando fuera grande.

En el recreo le conté a Joaquín que estaba preocupada de que Mesías Hipólito Abelardo Elbuda naciera muerto, o peor, sin manos y sin piernas. Un humano con cuerpo de ballena. O con un solo ojo naupliar, como los crustáceos. Él dijo que es imposible, que son mentiras de las películas, que las personas no tienen esos problemas y que los bebés se hacen solos. Que no necesitan ayuda de nadie y que nunca escuchó de ningún chico que naciera incompleto.

Su explicación no me convenció. Por las dudas voy a neutralizar la sal de mi prima con azúcar. Lo mejor es asegurarse de que el interior de mi prima esté bien dulce. Así que a partir de ahora voy a esconder el salero para que no intoxique al bebé. También le devolví a Del Aire el libro de animales extraños y le pedí que me prestara uno de cocina.

No sé cómo hacer para dormir, mi cabeza no se calla nunca. Tengo

una radio prendida las veinticuatro horas. Estoy harta de escuchar mi voz todo el tiempo. Envidio el sueño de mi prima. Duerme boca arriba y ronca con silbidos agudos como si le salieran grillos del cuerpo. Dice que es porque el bebé le aplasta los pulmones, pero yo creo que es porque fuma. La abuela dice que el tabaco desafina la respiración y que los fumadores como mi abuelo terminan con dos racimos negros. Ahí se movió. Quizá Mesías Hipólito Abelardo Elbuda escucha lo que pienso. No le conviene, va a nacer cansado.

El vidrio de la ventana está empañado y no se ve casi nada. Hay una luna finita que apenas ilumina los árboles. La noche los vuelve altos y plateados. Me pongo la frazada sobre los hombros y salgo despacio. Afuera la noche está negrísima. El campo a oscuras parece más grande pero ya no me asusta. Un cosquilleo me revuelve el estómago, hay algo de esa inmensidad que me atrae. Una especie de hilo invisible que sale de mi ombligo y me empuja hacia el pasto.

Camino descalza y se me mojan los pies. El frío me sube por las piernas en forma de electricidad. Quisiera ir a la casa de Joaquín y mirar los tractores. Dice que a la noche los gatos se esconden entre las chapas y se suben a los techos a gritar. Joaquín los ilumina con su linterna y ellos agrandan los ojos y desaparecen. Acá no hay gatos, nunca hubo. La abuela los llama conejos sin carne y dice que no son de fiar. Los ahuyenta con el sifón de soda. Nuestros árboles son el paraíso de los pájaros.

Me siento con la espalda apoyada sobre la puerta y me tapo la cabeza con la frazada. Mi respiración toca el aire y se vuelve blanca. Hasta que el cielo no aclare no puedo volver a la cama, es la promesa que hice hoy para que el bebé sobreviva a la sal de mi prima. No estoy segura de que dios exista pero la maestra siempre dice que si uno hace una promesa y la cumple, dios retribuye. Además ahora sé lo que son los padres nuestros y, aunque nunca haya tenido uno, me aprendí el recitado de memoria. Las personas que lo practicaron muchas veces lo dicen rápido y parece que hablaran en mantras. A mí todavía no me sale de corrido así que lo canto en silencio.

Cierro los ojos y escucho a los búhos. En el libro que me prestó Del Aire leí que pueden girar la cabeza a doscientos setenta grados, que son cazadores perfectos y, lo más increíble, que son parientes del colibrí. Al final mi prima tiene razón, la familia es un diccionario con todas las letras desordenadas, te puede tocar cualquier cosa.

5

Mamá empezó a salir. Dice que cursa un taller, aunque no sabemos de qué. Cada vez que se va tarda muchas horas en volver y llega a casa contenta y con ganas de limpiar. Ya no hay polvo entre los muebles y el baño huele siempre a lavandina. A mi prima y a la panza las ignora totalmente, ni siquiera las mira. La abuela dice que Hipólito Abelardo va a ser su retoño y que al fin va a poder criar a ese hijo que tanto deseó y nunca tuvo. Este me va a salir bien, le dice a mamá, y ella se hace la sorda.

Además de limpiar, mamá pone carteles en toda la casa. Dice que son sus deseos e inspiraciones. Hoy pegó uno sobre el marco de la puerta del baño: La motivación es el fuego interno. Escribe las frases en letra cursiva con unos marcadores de colores que le regaló una amiga del taller. Antes de pegarlos, estira el papel con las dos manos, lo acaricia y agradece. La abuela dice que mamá sale de guatemala para entrar a guatepeor, igual aunque se queje se nota que le encanta tener los muebles limpios.

Mamá friega el horno con una media vieja y mastica chicle rosa. Le pido uno y niega con la cabeza. No tengo más, pero que gracias por preguntar. La miro. Su pelo negro ahora se volvió finito y tiene canas grises que se iluminan con el sol. Los meses sin comer la dejaron flaca y escuálida. A veces pienso que es otra. Antes de venir al campo mamá tenía piernas fuertes, cara de luna llena y rulos iguales a los míos. La abuela le dijo que no sea renegada y que se tiña pero ella no quiere. Le respondió no gracias y a la noche pegó uno de sus carteles en la cocina: Acéptate a ti mismo y abraza los fracasos.

Dice que estoy linda y grande. Niego con la cabeza, ella se saca un pedazo de chicle de la boca. Tomá, juguemos a hacer globos. Acepto, aunque no me guste. Es la primera vez que me propone hacer algo desde que se fue el barbudo. Intento inflar el chicle pero no puedo, se me rompe en la lengua. A mamá tampoco le sale. Una buena meta es un mapa, dice. Haceme acordar de que lo anote. Le digo que no entiendo la frase y dice que no importa, entender es lo de menos.

6

Caminamos sin hablar. Joaquín se retuerce las manos y a cada rato se tira el pelo para atrás. Hoy se pasó todo el recreo juntando piedras del patio. No quiso que lo ayude. Después las acomodó en fila india de mayor a menor, las miró un rato y las guardó en el bolsillo del guardapolvo.

El limonero de la esquina de su casa está lleno de frutos y se me ocurre que podría hacer un dulce de limón para mi prima. ¿Vamos?, le digo señalando el árbol. Siempre quiere treparse y le encanta partir los limones con una rama afilada y comérselos. Pero dice que no, que está cansado y tiene que ayudar a su papá a preparar la valija. ¿Se van de viaje?, pregunto. Se va él solo, tiene que operarse de la pierna y se queda unos días en la capital, en la casa de un primo que tiene una ferretería. Ah, respondo y espero que me siga contando pero no lo hace. Llegamos a la tranquera y dice que me tiene que mostrar algo.

Agarra el machete que está clavado a la puerta. Avanza rápido y yo lo sigo. Detrás del cementerio de tractores hay un cañaveral. Joaquín les pega zarpazos a las hojas con el filo del machete y dice que me apure, que ahora oscurece rápido y hay que volver antes de que se vaya el sol.

El camino es angosto y profundo. El barro me muerde los tobillos. Quieta, dice en voz baja. Señala un gato blanco que se escabulle entre las ramas. Seguimos andando hasta que Joaquín frena de golpe, tan rápido que mi cuerpo se resbala sobre su espalda. Nos reímos y él me tapa los ojos con la mano que tiene libre. Agarrate de mí. Empieza a contar y yo avanzo confiando en su hombro. Cuando llega a diez, se queda quieto y dice que ya puedo ver. Su mano se desprende de mis ojos, se detiene en mi cuello. Al lado de un árbol hay una carpa de chapa y una pila de ruedas de tractor. Te presento mi casa. Mamá decía que siempre es bueno tener un plan, así que si papá no vuelve del hospital mi plan es vivir acá y construir un barco de goma. Sonríe. La tristeza de todo el día le desaparece. Le digo que su papá va a estar bien y él levanta los hombros. Clava el machete en la tierra y saca las piedras del guardapolvo. Las acomodamos de mayor a menor, desde la puerta de la carpa hasta el camino de barro por el que vinimos. No le tenés que contar a nadie. ¿Es un pacto?, dice. Le digo que sí. Nos damos la mano con la seriedad de dos personas grandes. Antes de soltarme, aprieta y me acaricia un dedo.

7

Del Aire me trajo un libro de recetas escritas en lápiz negro. Dijo que lo hizo su hermana cuando era joven. Le conté que me interesaba lo dulce y abrió grandes los ojos mientras comía sus caramelos. Hicimos un acuerdo perfecto, ella me da todo lo que necesito para la preparación y yo le traigo la mitad de lo que cocino.

Mi prima se transformó en una bola consentida. Desde que empecé con los postres, el bebé engordó tanto que ya asoma el dedito por su ombligo. A mí me da impresión, la abuela piensa que es su forma de saludarla. Agarra una lata, la apoya sobre la panza y empieza a decir, Hipólito Abelardo, crecé rápido así salís de ahí adentro. Mi prima deja que haga cualquier cosa, dice que no le importa, que total su hijo nunca le va a conocer la cara.

La abuela está contenta con mis recetas porque le cambia al vecino una porción de dulce por una bolsa de hígado fresco. Dice que el hígado es lo mejor para la leche y obliga a mi prima a ordeñarse después de cenar. Quiere llenar la heladera de mamaderas así cuando nazca el bebé ella misma puede alimentarlo. Mi prima le sigue la corriente pero no se saca ni una gota, dice que todavía no le sale y la abuela insiste en que hay que entrenar a la teta. Mi prima se acaricia la panza y promete seguir practicando. Pero no practica, miente, lo que hace todas las noches es quedarse desnuda sobre la cama y abrir las piernas. Lo llama elongar. Es un secreto que le enseñó el barbudo. A veces también se mira con el espejo y se mete un dedo. Le pregunté si quería sacarse a Mesías Hipólito Abelardo Elbuda antes de tiempo y dijo que soy una estúpida, que no le diga Hipólito Abelardo a su hijo. Y que es necesario estar preparada, saber si está cerca de la salida, y que además a él también le gusta porque patea fuerte.

Los dulces le hacen bien, últimamente se mueve mucho más. Creo que si sigo cocinando todos los días voy a lograr que el bebé se salve de la sal interna de mi prima. Es la primera vez que sirvo para algo importante y me siento orgullosa. Mi prima cree que cocino porque estoy enamorada. Me preguntó si ya le di un beso con lengua a Joaquín. Le dije que es mi amigo pero ella no para de explicarme cómo se hace. Abre la boca, cierra los ojos y se chupa el puño de la mano. Así son los besos. La primera vez que lo hice fui una bruta y le mordí el labio a mi novio, vos no tenés que hacer lo mismo. Si querés un día practicamos. Le digo que Joaquín no me gusta. No tiene nada

que ver, responde. Salgo del cuarto y encuentro a mamá agachada en el piso, escribe un papel: El movimiento es interno, el amor no se desea. Lo estira, agradece, y lo pega con saliva en la puerta del cuarto.

TERCER TRIMESTRE
1

Mamá consiguió trabajo. La compañera del taller le ofreció un puesto de couchino lógico, o algo así. Siempre fue malísima en las cuentas y mucha lógica su mente no tiene, pero quizás al trabajar con un chino eso se arregla, la verdad no sé. La abuela le dijo que esos trabajos en inglés eran para chicas jóvenes y que seguro alguien le iba a pasar el trapo en poco tiempo. Si querés que no te serruchen el piso tenés que ser la más rápida y hacer buenos favores. Astucia mata cuerpo nuevo, nena, le dijo. Mamá se ofendió pero se aguantó las ganas de pelear y se fue a escribir carteles al pasto.

Si tiene que trabajar en la ciudad quizá se vaya a vivir con la amiga. Sería una buena opción. Una mujer menos en esta casa vendría bien para que Mesías Hipólito Abelardo Elbuda tenga más espacio. En ese sentido la abuela tiene razón, mamá tirada en el sofá casi todo el día es un estorbo y además no le importa que esté por nacer el bebé. Aunque mi prima está por explotar, ella sigue haciendo de cuenta que en la panza no hay nada.

Salgo y la veo a mamá sentada sobre una tela blanca, en la misma posición que se ponía el barbudo para hablar en mantras. Me llama con un brazo levantado y mueve los papelitos en el aire. Qué bella hija tengo, dice y abre la boca como si fuera a comerme. La sonrisa de mamá es demasiado grande y tiene los dientes chuecos. Me apoyo contra la pared, espero que hable. Ella sigue escribiendo, sonríe. Le pregunto si es verdad que los chinos tienen la lengua dividida en gajos como una mandarina. ¿De dónde sacaste eso? Le explico que Del Aire me contó que una vez le presentaron a un hombre de oriente pero que no podían hablar ni besarse bien porque a ella no le gustaba y no entendía nada de su lengua de chino mandarín. Mamá dice que la lengua son las palabras que vienen de los antepasados. Y que nunca le vio la boca a un chino. Tienen olor a arroz frito.

¿Tu compañero de trabajo es maestro de lógica?, le pregunto. No entendiste nada. Lo que voy a hacer es ayudar a los empleados a encontrar su eje, a quererse a ellos mismos para que trabajen mejor. Según la empresa, el objetivo es que cada uno se optimice a través de su ser. Tengo que dar herramientas para que vuelvan a su esencia y rindan más. Mamá habla raro, como si recitara una poesía o grabara

una publicidad para la radio.

Me quedo pensando. ¿Mi esencia es tu panza?, le pregunto. No sé de qué hablás. Debe ser la escuela, no les prestes atención a las maestras. La esencia es un aceite de sándalo, pero no tiene nada que ver con mi panza. Y es siempre igual. Le digo que mentira, que sí cambia, pero no me escucha. Shh, basta, repetí conmigo: cou-chin-on-to-lo-gi-co. Cuando quieran saber a qué se dedica tu mamá vas a decir eso y tus compañeros no lo van a poder creer.

Cada tanto se le cruzan las paletas de los dientes y hace un ruido metálico que me pone nerviosa. No soporto a mamá feliz, prefiero que duerma. ¿Tu amiga tiene hijos? Levanta la cara y me mira con una expresión seria. Dice que no. Mi amiga es un ser especial que nunca quiso atarse. Es madre de sus cuarenta y cinco empleados y de su perro Parménides, un caniche blanco que te encantaría.

¿Y podemos ir a la casa? Todavía no estamos preparadas. Es todo muy nuevo, pero ya va a llegar el momento. Esta vez no me quiero apurar. No quiero arruinar las cosas ni que te mandes una cagada. Hay que hacer un trabajo fino. Escribí en esta hoja: Cultiva la paciencia y tendrás un jardín de sueños. Hacé buena letra y después firmá, hoy se la llevo de parte tuya así se van conociendo, hacemos de cuenta de que lo inventaste vos. Le va a encantar la sorpresa. Le digo que no tengo ganas y mamá suspira. Elige uno de sus papelitos y me lo pone en el bolsillo: El origen es un cementerio de palabras.

2

En la escuela tenemos que investigar sobre un animal. Elegí el lagarto. Ahora que se despertó necesito entender por qué se la pasó durmiendo todo el invierno. Además lo noto triste. Mi prima dice que el exceso de siesta pone a la gente melancólica, se ve que a los lagartos también. No quiere trepar a los árboles y se le cae la piel. Por las dudas guardo todos los pedacitos que encuentro, son como papel de calcar. Quizás haya que pegárselos o tal vez de la piel le salga un insecto o algún bicho raro.

La maestra formó grupos según los tipos de animales. La mayoría de mis compañeros eligió leones, caballos y perros. Uno solo quiso estudiar el pez y Joaquín se decidió por el cóndor. Constanza también eligió el lagarto. Cuando lo dijo me dio tanta bronca que casi cambio por el mosquito para no tener que juntarme con ella, pero al final me aguanté. Saber de lagartos es necesario.

Hoy a la salida de la escuela tengo que ir a su casa a preparar el trabajo. La maestra dijo que era una buena oportunidad para romper el hielo. Le dije que el hielo roto inundaba las ideas y que no íbamos a poder estudiar juntas. También le pedí que me dejara hacerlo sola y que, a cambio, entregaba una investigación extra sobre la rana. Pero no quiso, dijo que para aprobar tenía que hacer el trabajo con Mayoral. Joaquín dice que exagero, que seguro voy a merendar facturas y Constanza va a hacer todo rápido y prolijo. Él porque no sabe lo que es que alguien te caiga mal. No soporto ni siquiera su manera de caminar, esas rodillas con forma de letra C me ponen nerviosa. Además estuvo todo el día mirándome de reojo, estoy segura de que no quiere que vaya a su casa. Le doy miedo.

3

La madre de Constanza tiene una remera floreada que combina con el estampado de las medias de sus tres hijas. Le pregunto si es casualidad y se ríe. Nosotras no cruzamos la puerta de casa sin tener algo idéntico, es una cábala de familia. Miro mis pies. Tengo una media negra de mamá y otra violeta de mi prima, que ya no le entra porque tiene los pies muy hinchados. En mi familia la suerte es un accidente, le digo. Vuelve a reírse, ahora con más fuerza. Me encanta que Coni al fin tenga una amiga, dice y le da un codazo. Ella aprieta la mandíbula y traga saliva. Los ojos se le ponen rojos.

El viaje es corto pero igual vamos en auto. Hay olor a limón y los asientos son de cuero. Nunca había visto asientos de cuero. ¿Cuántas vacas habrán matado para que sea tan cómodo? Voy atrás con las hermanas de Constanza. Cantan una canción y se chocan las palmas de las manos como dos focas. La madre festeja los alaridos histéricos y critica el silencio de su hija mayor, que va adelante y no responde las preguntas. Tiene las piernas cruzadas, me vigila por el espejito del medio. Le devuelvo la mirada. Ella entrecierra los ojos, afila las pupilas. Yo tampoco tengo ganas de hablar. Contesto con monosílabos el cuestionario de la madre. Es tan insoportable que al lado suyo Constanza me cae un poco mejor.

Su cuarto es perfecto, no me animo ni a pisar la alfombra para no arruinarla. Parece que estuviéramos adentro de una revista, le digo. Odio el color rosa pero mamá nos obliga. Sacate los zapatos y vamos al escritorio que papá no vuelve hasta tarde. Me saco las alpargatas y aprieto los dedos de los pies para que no se noten los agujeros de las medias. La sigo en silencio hasta una escalera caracol.

Merendamos medialunas y submarino de chocolate. Es riquísimo. Constanza me habla de lagartos y enciclopedias y yo no puedo dejar de pensar que derretir el chocolate en la taza es lo máximo. ¿Sabías que se comen su propia cola para sobrevivir?, dice. Y existe una especie de lagarto brasilero que es capaz de caminar sobre el agua, igual que Jesús. ¿Creés que Jesús era un lagarto?, le pregunto con la boca llena. No responde. Agarra la virgencita que le cuelga del cuello y piensa. Eso es imposible, Jesús era el hijo de dios. ¿Y eso qué? Si dios es tan poderoso pudo haber embarazado a una lagarta o a cualquier animal y ser su padre. ¿Es verdad que tu prima está embarazada? Le digo que sí. ¿Y quién es el papá? Ella dice que

Elbuda, que es una especie de dios de los que no creen. Ah, o sea que vos creés en la inmaculada concepción. ¿Qué es eso?, pregunto. Es cuando dios embarazó a María, ¿no fuiste a catequesis? No. Entonces no estás limpia del pecado original. Me miro los pies. Le digo que no. Buenísimo, responde.

La mamá de Constanza dice que vayamos terminando que está por llegar. No aclara quién pero supongo que es el padre. En la casa nunca lo nombran. Constanza guarda sus carpetas y dice que no me preocupe que a la noche ella escribe el trabajo. Me agarra del brazo y me obliga a jurarle que no voy a decir nada. Hace dibujos en el aire, se besa los dedos. Yo por las dudas la imito. Nos agachamos y quedamos las dos en cuclillas. Saca una caja de abajo del escritorio, la abre. Hay una pila de sobres marrones. Los miro sin entender. Es de mi papá, fijate abajo, dice. Vos que no estás bautizada podés hacer lo que quieras, dale, levantá los papeles. Le hago caso, en el fondo hay una revista con mujeres desnudas. Una rubia se mete la mano como hace mi prima mientras la de pelo oscuro le chupa una teta. Atrás hay un varón medio deforme pero no se le ve la cara. Les tira líquido blanco de un pito que parece de plástico. Eso es lo contrario a ser inmaculada, dice Constanza y se ríe. Me río yo también. Ella asoma la lengua y me besa una oreja. Si no fuera por el escalofrío que me dio en todo el cuerpo hubiera pensado que el beso me lo inventé. Pero todavía tiemblo. Guardamos la caja donde estaba y bajamos rápido. Dividimos las tareas. A mí me toca dibujar el cuerpo.

4

Mamá vino del trabajo con ropa nueva. Cambió las polleras de elefantitos por una camisa y un pantalón de color blanco. Dijo que se sentía un cisne y escribió: La imagen es la voz del alma. Ahora camina en puntas de pie y se preocupa de no apoyarse en ningún lado para no ensuciarse. Desde que volví de la casa de Constanza que está guardando sus cosas en bolsas de consorcio. Le pregunté si al final se mudaba y me dijo que no, que era una cuestión de limpieza. Para tener los pensamientos claros hay que empezar por el entorno, hija. Grabate esta enseñanza: Nunca escondas el pasado en un cajón. En vez de juntar, dejalo volar. Dice que hoy les enseñó esa máxima a los empleados. En la empresa hay que hacer lugar y los archivos viejos van directo al tacho de basura. Cuando terminamos el encuentro hicimos una respiración y todos se fueron más livianos. La gente sin mochila trabaja mejor.

Cenamos una bandejita de pescados y cosas de colores envueltas en arroz. Mamá dijo que se la regaló su amiga para el almuerzo pero ella lo guardó para compartir con nosotras. Es sushi, el plato de los japoneses, disfrutalo, mi amor. La abuela se metió uno en la boca y lo escupió. Le dijo a mamá que estaba seco como culo de perro. Te lo regalaron porque es viejo. Mi prima ni lo probó. La abuela dijo que si comía pescado crudo el bebé iba a nacer sin párpados como los peces. A mí me gustó bastante, aunque me quedé con hambre.

¿Cuánto falta para que nazca el bebé? Poco, dice mi prima. Estamos acostadas con la luz apagada, no la veo pero adivino sus manos apoyadas en la panza gigante y las piernas medio abiertas. Ahora que se acerca el momento de que el hijo salga, ella tampoco puede dormir. Se levanta a cada rato a hacer pis. ¿Lo vas a bautizar? Ni loca. dios murió cuando yo nací. Le digo que mejor lo bautice, que lo haga por su bien. No importa si dios es de verdad o es de mentira, si está vivo o podrido bajo la tierra. Una compañera de la escuela, que es muy inteligente, me contó que los que no se bautizan van al limbo. Imaginate que te morís y te quedás toda la eternidad en una ruta vacía llena de niebla. Perdida, sin saber adónde ir. Debe ser horrible. Y peor si sos un bebito.

Mi prima dice que son todas boludeces y se va al baño. Me quedo sola. De noche la habitación es más grande. Quizás el limbo en vez de ser una ruta sea un cuarto cerrado y oscuro. Estar en la panza de tu

mamá otra vez pero sin agua y rodeado de paredes duras. Yo quiero que mi alma esté limpia. Pero limpia de verdad, de adentro hacia afuera. La abuela una vez dijo que nunca se sabe cuándo viene la parca y creo que tiene razón. Mejor estar preparado. Constanza me contó que los que no se bautizan son como animales, hijos de la naturaleza. En cambio los otros son hijos de dios y están protegidos del limbo.

¿Vos me podés bautizar?, le pregunto a mi prima, que camina hacia la cama como un pingüino. Si tanto miedo tenés, bautizate justo antes de la tumba, así podés pecar todo lo que quieras. Yo, si creyera, haría eso. Bautizarse de chico es cosa de cagones y de gente aburrida. Le digo que lo voy a pensar. Ella dice que no hable más, que quiere dormir.

Hay demasiadas cosas que no entiendo. Me pesa la nuca y tengo la lengua de Constanza clavada en mi oreja. Es una especie de cosquilla que no desaparece. Me habla bajito y no me deja dormir. Ninguna de nosotras está bautizada, ni siquiera la abuela. Mesías Hipólito Abelardo Elbuda va a nacer en una casa de animales.

5

Anoche hubo tormenta. El campo está lleno de charcos y de sapos. Hoy teníamos que entregar el trabajo pero se suspendieron las clases porque se inundó parte de la escuela. Antes de que se acabe el tercer trimestre vamos a hacer una muestra con los dibujos y las maquetas en el patio central. La maestra dijo que vayamos preparando las tarjetas de invitación para la familia. Quiere poner una mesa en el medio para comer todos juntos y festejar que terminamos la primaria. Le conté que en mi casa están muy ocupados, mamá con el trabajo nuevo, mi prima con el bebé a punto de salir y la abuela con esos dolores de cabeza que dice que la dejan medio embobada. Me dijo que las tarjetas las tengo que hacer igual. Que si nadie puede venir a mi fiesta de egresados le regale las invitaciones a otro. Familias numerosas y bien predispuestas sobran, querida.

Antes de irse, mamá me pidió que separe mi ropa vieja así mañana la lleva a su empresa. Con el couchino están haciendo una colecta para promover el trabajo en equipo. Dejó en la puerta del cuarto una caja con un cartelito que dice: Donar es amar. La abuela se fue a lo de su amiga con baldes y una palangana, la casa de la vecina está mal hecha y siempre que llueve se le inundan la mitad de los cuartos. Tiene el piso inclinado porque el día de la construcción el marido estaba demasiado borracho y calculó mal los cimientos.

Desayuno pan con leche. Mi prima no quiere nada, dice que no le entra ni un alfiler. Camina en círculos y cada tanto se agacha con las piernas abiertas. Cierra los ojos, respira y dice la puta madre. Mesías Hipólito Abelardo Elbuda la golpea desde adentro. Afuera una niebla densa cubre el pasto. Espero que no se le ocurra nacer hoy, la abuela dice que los días de humedad tienen mala espina. Me pongo dos bolsas para cubrir las alpargatas y que no se me mojen los pies. Aprovecho para sacar a mi lagarto, a él le encanta el agua.

Mientras come frutas del piso, yo busco gusanos. Cuando llueve aparecen un montón. Constanza leyó que los gusanos son parte fundamental de la dieta de los reptiles, así que los guardo en un frasco para darle de comer a la noche.

En la esquina de casa los perros de la calle revuelven el tacho. Todavía están mojados. Tienen los huesos casi por afuera de la piel y se pelean por unos restos de pollo que ayer tiró la abuela. Una perra atigrada pega un grito agudo y sale corriendo con la cola entre las

patas. Deja una huella de sangre sobre el barro. Los otros la siguen desesperados. Le muerden los talones, la rodean. Ella gruñe. Logra escapar, ahora corre para este lado. Me mira. Sus ojos son dos bolitas que brillan. Un petiso de orejas grandes le interrumpe el paso. Mueve la cola como un ventilador de techo. Dos perros largos y flacos ahuyentan al petiso e intentan subir encima de la hembra. Ella baja las orejas, se pone panza arriba y esconde la cara de vergüenza. Los perros enloquecen. Ladran, muestran las encías y se clavan los dientes. La perra ni se mueve. Espera. Mientras los machos pelean, ella observa, calcula. Hasta que pasa un auto y los obliga a separarse.

El petiso aprovecha la confusión y la agarra por atrás. Le clava las pezuñas en el lomo. Al principio ella intenta salir pero no puede, después se relaja. Los otros se alejan resignados, vuelven al tacho de basura. El petiso se atornilla a su cuerpo, se agita con la lengua afuera y se mueve con fuerza golpeando hacia adentro de la perra. Ahí tenés tu inmaculeada concepción, dice mi prima desde la ventana. Los perros quedan pegados. Son un animal con dos cabezas. Un ser nacido de un tacho de basura.

6

Me paro en la tranquera y grito su nombre, pero Joaquín no responde. Camino sobre los restos de lluvia como si fuera Jesús. Por suerte hace calor. El agua alcanza mis rodillas y las ruedas de los tractores. Toco la puerta de su casa, aplaudo, golpeo la ventana. Nadie contesta. Sólo se escucha un pájaro y las gotas que caen sobre los charcos. El cielo está blanco. Es un merengue recién hecho.

Una rama flota en un cantero inundado. La agarro y avanzo. El cañaveral ahora es un pantano oscuro. Camino rápido. Hago ruido dando pasos firmes y exagerados. Tengo miedo de que las víboras del agua me muerdan. Mi prima dice que perdió la virginidad con una anguila. Yo no estoy preparada.

Atravieso un mar de hojas y bichos muertos. Cuando las cañas se acaban, tiro la rama lo más lejos que puedo. Ahí está Joaquín, sentado sobre una rueda. Me ve pero no reacciona. Lo miro. La casa que construyó quedó sepultada. Nuestro terreno se transformó en un lago. La tierra firme ya no existe.

Una tripulación de botellas vacías hace la plancha. Las bolsas de plástico se inflan con el viento pero la preñez les dura sólo un segundo. Una ola mínima las aplasta, quedan flojas, muertas. Son viejas de piel blanca que largan olor a podrido. Se balancean indecisas hasta enredarse en los pies de Joaquín, que está descalzo y patea el agua. No soporta que las cosas estén quietas.

La oleada sube hasta rozarme la bombacha. Pierdo una alpargata. Le abrazo las piernas. Él sonríe y dice que el barco va a quedar buenísimo. Le digo que sí. Me siento sobre la rueda. De un lado las cañas, del otro el campo. Le pregunto si está triste y dice que no con la cabeza.

Hay tanta luz que me duelen los ojos. Me tenés que hacer un favor, le digo. Él me choca el talón del pie con los dedos. Una electricidad parecida al fuego me llena los cachetes. Le pido que no me haga reír, que es un tema serio. El bautismo es algo sagrado. Digo sagrado y pienso en la sangre. Siento un cosquilleo insoportable en la parte baja de la panza, me debe estar por venir. Odio la menstruación.

Joaquín dice que sí. Le doy el papel donde anoté las oraciones, Constanza dijo que sin ellas el bautismo no sirve. El problema es que tengo una remera negra. Se supone que hay que vestir de blanco, le digo. Pero a él no le interesan las costumbres superficiales. El negro te

queda bien.

Me acuesto en la rueda, con la cabeza inclinada hacia atrás y los pies abajo del agua. Sigue nublado, por momentos el cielo se abre y se ve una línea azul. Si es verdad que dios existe debe arañar las nubes desde arriba. Las obliga a sangrar como príncipes para poder espiarnos. dios es una gata obesa que se aburre de tanto lamerse. Por suerte no me puede leer la mente, mi pelo oscuro tapa todo lo que pienso. Si voy a bautizarme es porque quiero que Mesías Hipólito Abelardo Elbuda viva con un ser humano. Tantas mujeres con alma de animal pueden confundirlo.

Cierro los ojos. Joaquín dice que espere, que va a juntar agua en una de las botellas. Miro por última vez hacia arriba con mis pupilas de hija no reconocida. El cielo se abre todavía más. Tiene forma de triángulo. El padre, el hijo y el espíritu santo. O la tanga de mi prima. A veces las señales divinas son complicadas.

Joaquín me estudia de cerca, como buscando algo. Tiene pecas en la nariz, nunca me había dado cuenta. Se unta el dedo con barro y me dibuja la frente. Cuando se concentra abre un poco la boca y junta los ojos. Vuelvo a cerrar los míos, me dejo bautizar. ¿Renuncias al pescado para vivir en la libertad y ser una hija de dios? Sí, renuncio. ¿Renuncias al mal de Satanás? Sí, juro. ¿Crees en dios creador del cielo y la tierra? Quizá. ¿Crees en Jesús, hijo de dios, que nació de la virgen y murió y resucitó de la tumba? No sabía que dios estaba muerto, dice Joaquín. Le digo que siga, no hay que desconcentrarse. ¿Crees en el espíritu santo, en la santa iglesia, en el perdón de los pescados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna? Joaquín me sopla la cara de una carcajada. Nos reímos. Pataleo y lo salpico, él de venganza me hace cosquillas. Me da tanta risa que el cuerpo se me retuerce. Le muerdo una mano, grito basta y él suspira. ¿Crees en el espí…? Vuelve a reírse. Le digo que así no se puede. Que por suerte las nubes nos taparon de nuevo. Concentrate, Joaquín. Perdón. Te perdono porque soy casi hija de dios. ¿Crees en el espíritu santo, en la santa iglesia, en el perdón de los pescados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna? Busco su mano con los ojos cerrados. Él me encuentra en el aire, me aprieta. Lo acerco y me pongo su dedo chiquito en la boca. Lo beso. Sí, creo. Yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, dice mientras me tira el agua sucia sobre el pelo ya mojado. Abro los ojos. Joaquín es hermoso. Se acuesta al lado mío y nos volvemos siameses. Flotamos sobre la rueda del tractor.

La pierna de Joaquín se enrosca en mi cintura. Lo hace despacio, como si no se diera cuenta. Se deja arrastrar por el agua; yo lo dejo. Contraigo los pies y la piel se me transforma. Los pelos se erizan, me transpira la frente. Cierro los ojos y junto saliva. Su cuerpo entero se

pega al mío, siento su calor en mi espalda. Empiezan a caer algunas gotas. Mi mano se escapa y entra en su pantalón, está duro y húmedo. Lo acaricio pero él se desprende de un zarpazo. ¿Qué hacés?, dice. En vez de responder, me hago una bolita. Nos quedamos quietos, en un abrazo contracturado y mudo.

7

Vuelvo a casa de noche y empapada. Mis pies están helados, pero no me importa. Me saco la alpargata y camino descalza sobre el barro. No sé si el bautismo habrá funcionado. Quizá la divinidad tarde en llegar a mi cuerpo, todavía me siento fea. Aunque ya estoy un poco distinta, como si pesara más. Debe ser que dios ocupa lugar, o que la ropa está demasiado mojada. Mamá seguro se va a enojar por la hora pero la tardanza valió la pena. Todavía siento el sabor a tierra que me dejó el dedo de Joaquín en la lengua.

La abuela está sentada en el sillón y se aprieta la cabeza con las dos manos. ¿Qué pasa?, pregunto. No responde. Me siento al lado y tironeo de su delantal de cocina. La cabeza, la cabeza. Me va a explotar la cabeza. Le alcanzo un vaso de agua y un repasador para secarse la frente. Mi prima sale desnuda del baño. La que va a reventar es ella. Tiene la panza tirante y se le escapa una gota de leche de la teta izquierda. Se da cuenta de que la estoy mirando, se aprieta alrededor del pezón. Un chorro blanco la salpica. Se ríe, dice que es dulce. La abuela levanta la vista y la manda a vestir. Tiene la cara violeta de la bronca. Odia ver a mi prima desnuda. Yo aprovecho que nadie se dio cuenta y me cambio la ropa mojada por una remera seca de mamá.

Le pregunto a la abuela si está mejor, dice que sí. Que hay que apurarse a desatar el nudo antes de que nazca Hipólito Abelardo. ¿Qué nudo? El nudo, nena. Este dolor de cabeza es una señal, una ojeadura fea. ¿Y mamá? Vino y se fue, puede que esto sea cosa de su amiga, las marimachas no son de fiar. Ahora andá y poné un huevo a hervir.

Voy corriendo al gallinero, agarro un par de huevos grandes y vuelvo. Mi prima está en cuclillas en la cocina. Tiene los labios rojos y la cara hinchada. Es como si me clavaran desde adentro, dice. ¿Ya viene? No creo, son cosas de la abuela. Se supone que todavía falta, tengo muchísimo calor. Le soplo la nuca y ella suspira. La abuela le pone una sábana blanca encima. Andá a acostarte, vamos a retrasar el parto así la criatura no sale ojeada, a su edad sería un peligro. Un nudo en el cordón puede matarlo.

Mi prima se va gateando. Desde la cocina se escuchan sus maullidos. La abuela pone agua a hervir y mete un huevo. Antes lo enjuaga con lavandina. Cuando ya está listo, lo envuelve en una

servilleta y lo guarda en el congelador. Se va al cuarto, yo la sigo. Mi prima está acostada en el piso. Se sostiene la panza y le habla a Mesías Hipólito Abelardo Elbuda en voz baja. La abuela apoya la cara sobre su ombligo, dibuja palitos en una hoja. Traé una tijera, dice. No le hago caso, me quedo mirando desde el marco de la puerta. Una tijera, dale.

Busco en el cajón de los cubiertos la tijera con la que se cortan los huesos de pollo. Le paso un trapo para limpiar la grasa y se la llevo. La abuela clava el filo sobre la sábana, hace un agujero perfecto. Mi prima se agarra las rodillas y cierra los ojos. Después la abuela la tapa y me manda a buscar el huevo.

Ahora respirá profundo, cuando esté adentro vas a contar hasta cien y a repetir las palabras que te dije. Mejor no, dice mi prima. No hay opción. Necesito algo para tomar. La abuela saca una botella de ginebra de abajo de su cama. Dale un trago y abrí las piernas, dice. Después agarra el huevo, se remanga la camisa y lo mete adentro del cuerpo de mi prima. Ella no dice nada, ni siquiera se queja. La maniobra es rápida. Vuelve a tomar y pregunta si ya está. Listo. Ahora te dejamos sola, cuando llegues a cien avisá.

Salimos. El cielo se está despejando. Hay una luna finita que se mueve por el viento. La abuela toma un trago del pico y me da la botella. De mañana no pasa, dice.

8

Antes de ir a su cuarto, retira el huevo del interior de mi prima y lo tira al tacho de basura. Descansen. Si te duele, tomá un poco más de ginebra y dormite que tenés que levantarte bien lúcida. Mi prima dice hasta mañana y la abuela se va tambaleando. Apaga la luz y cierra la puerta de un golpe.

Nos quedamos las dos acostadas en el piso, arriba de un acolchado viejo. Le pregunto si está contenta y dice que todavía no sabe. Tomamos un trago largo cada una. El alcohol me hace arder la garganta. Mi prima deja de hablar. Creo que está dormida. Yo tengo la boca seca y no me viene el sueño. Tomo un poco más de ginebra. Cierro los ojos, mi mano recuerda la piel tirante de Joaquín. La punta tibia y resbalosa. Trago saliva en silencio. Me acaricio la oreja derecha y pienso en el beso de Constanza. Su lengua caliente me da hambre. Aprieto las piernas contra la almohada. Siento un escalofrío y el cuerpo entero se me ablanda. Los labios de Constanza se mezclan con los de Joaquín y los suyos con los míos. Contengo la respiración y humedezco las sábanas. Escucho a mi prima reírse pero no dejo de tocarme. De pronto me vibra el cuerpo, muerdo el acolchado y un grito ahogado se me escapa de adentro. Me desarmo. Al fin, dice mi prima en voz baja. Me tapo la cara, tiemblo. No sé si tengo frío o calor. Mi cuerpo ya no es mío. Soy otra. Creo que me llegó la divinidad.

9

Me despierto en un charco de agua. Mi prima dice que vaya a buscar a la abuela. Todavía es de noche, pero entra luz por la ventana. Está pálida y su voz parece más grave. Me levanto del piso como puedo. La cabeza me pesa. Muero de sed, le digo. No responde. Está doblada en dos. Su cara quedó en una mueca que no le conocía.

Voy corriendo a despertar a la abuela. Se levanta de un salto y aplaude. Poné una pava a hervir, dice, hoy es mi día. Camino hasta la cocina, cada vez me siento peor. Me arde la boca del estómago, creo que estoy enferma. dios entró en mi cuerpo y me provocó indigestión.

Prendo el fuego, vomito arriba de los platos sucios. Me limpio la boca y tomo agua de la canilla. Rezo lo que me acuerdo de un padre nuestro. La abuela dice que necesita trapos. Agarro unos repasadores de la palangana y vuelvo a la habitación. Mi prima tiene las piernas abiertas. La abuela le puso una sábana encima. Quedate acá que voy a buscar las cosas que faltan. Ayudala con una mano. Puño cerrado y firmeza. Le digo que no entiendo. Me agarra de un brazo. Ahora estirá el codo, cerrá la mano y hacé como si fueras a pegarle a alguien. Sin esa cara, nena, dale, no seas maricona como tu madre. La abuela me guía hasta el interior de mi prima. Es un caldo tibio. Ella dice ay y la abuela chista. Tienen que ayudarlo a salir a Hipólito Abelardo, déjense de quejar y hagan lo que les digo. Cuando se le ponga la panza dura, volvé a meter mano. Sin esfuerzo no se nace.

Mi prima tiene los ojos cerrados. Respira agitada y se muerde los labios. Por suerte no me mira, me daría vergüenza.

Tengo miedo de que el bebé salga de golpe. Soy torpe y no sabría cómo darle la bienvenida. Ahora, dice mi prima. Le digo que cierre las piernas y aguante. Ahora tengo la panza dura, grita. Suspiro. Qué alivio. Cierro la mano y vuelvo a entrar. Esta vez pasó más fácil, espero que no quiera aparecer ya mismo.

La abuela trae la pava de agua, su costurero y la tijera de los pollos. Ponete acá y hacé lo que te diga. Levanta la sábana y le dice a mi prima que haga fuerza. Ella obedece. Me vuelven las ganas de vomitar. Voy al baño y meto la cabeza abajo del agua. Escupo un líquido amarillo. Cuando vuelvo, la abuela festeja. Ahí está la cabecita, un peluquín negro, es igual a la de tu abuelo, grita emocionada. Mi prima sigue haciendo fuerza, no escucha. Está en otro mundo. Mirale la cabeza, mirale. Pero no quiero, me da impresión. Es

igualito a tu abuelo. Uno, dos, tres, dice, y una criatura gelatinosa se desprende del interior de mi prima.

El bebé está morado y tiene un pito larguísimo que late como un corazón. Mi prima dice Mesías, Mesías, pero él no responde. La abuela lo sostiene y le tiemblan las manos. Me mira con los ojos secos. Toda la oscuridad del mundo está en su cara. ¿Se murió?, le pregunto. Es mujer, dice la abuela. ¿Y eso? Es el cordón umbilical, imbécil.

Mi prima dice que quiere ver a su hijo. La abuela agarra la tijera y corta el cordón. La criatura morada enloquece. Llora como loca. La abuela se levanta y la deja entre las piernas de mi prima, llena de sangre y de mugre. Nos miramos. Tiene dos ojos, pies y brazos. Es un ser humano completo, digo. Mi prima se estira hasta alcanzar al bebé, lo abraza y le besa el pelo. Mesías es una nena, dice. Es un Milagro.

10

Todavía no quiso salir de la habitación. Ni siquiera para hacer pis. Desde que nació Mesías Milagros mi prima lo único que hace es mirarla fijo y llorar. A veces ríe sola y se ahoga con sus lágrimas al mismo tiempo, creo que la sorpresa de que su hijo se transformara en hija la volvió un poco loca. Yo las miro desde la puerta y, cuando me pide, le alcanzo una botella de agua. La maternidad la pone sedienta.

El cuarto huele a sangre y a transpiración. Mi prima tiene la cara rarísima, como si al partirse el cuerpo se le hubieran cambiado los gestos o algo en la nariz. La bebé es mucho más aburrida de lo que esperaba. Ni siquiera llora. Está ahí pegada como un parásito. Mientras la absorbe, mi prima junta la leche que le sale de la otra teta en un frasco. Huele la cabeza de parásita y cierra los ojos. Se duerme sobre su pelo, babea. Al poco tiempo se despierta y vuelve a pedir agua. La bebé la mira y le aprieta el dedo. Se sostiene fuerte, debe pensar que mi prima es un planeta en medio de la nada. Si la suelta, cae al vacío. Pobre Mesías Milagros, como si ser hombre y nacer mujer no fuera poco, encima es una criatura sin voz, sin padre y con una madre loca. Igual estoy contenta, por lo menos nació con las piernas y las manos completas, eso sí que es un milagro.

La abuela no habla. Está enojada, los imprevistos nunca le gustaron. Hipólito Abelardo no es un buen nombre de mujer y ella estaba muy ilusionada. Le digo que no es su culpa. A veces los animales sufren metamorfosis, no depende de nadie. En el libro que me prestó Del Aire decía que es parte de la evolución. Es verdad que tiene el mismo pelo que el abuelo, le digo. Pero no responde. Tiene la cara roja y la boca sellada. Si no te gusta Mesías Milagros, podés decirle Parásita. La abuela se agarra la cabeza, tiene los hombros duros y una gota de sangre seca en la nariz. No insisto. Vuelvo a la puerta del cuarto y las miro. Duermen abrazadas, frente con frente. Parecen un solo cuerpo.

11

Mamá llegó temprano en una camioneta blanca. La amiga saludó desde el volante y ella entró a casa corriendo. Le dio a la abuela una bolsita de la farmacia. Le agarró la muñeca y la miró a los ojos. La abuela se ofendió por algo que le dijo al oído, tiró la bolsa al tacho de basura. No necesito estas porquerías, gritó. Mamá prendió un cigarrillo, estaba de buen humor. Le pregunté si quería conocer a Mesías Milagros Parásita y no respondió, se metió en el baño. Desde la ducha dijo que no me fuera al colegio, que había que arreglar cosas importantes. Salió con los dedos arrugados y una bata blanca que le dieron en la empresa. Después fue al cuarto y se quedó mirando a la bebé. No sonrió ni se sorprendió de que fuera mujer. Es igual al padre, le dijo a mi prima.

Ahora mamá guarda mis cosas en una valija. Nos volvemos a la capital. Dice que es lo mejor para todos y que voy a tener un cuarto para mí sola. Pregunta si estoy contenta. Me quedo mirando cómo dobla la ropa y la aprieta fuerte para hacerla entrar. La mayoría de las remeras no me gustan. Falta una semana para que terminen las clases, le digo. No importa, ya arreglé con la directora que hoy pasamos a buscar el boletín.

Algo se me traba en el cuerpo. Quiero decirle que me quedo a vivir acá pero no me salen las palabras correctas. En vez de eso le pregunto si podemos cenar hamburguesas. A mi amiga los muertos le hacen mal, en su casa no se cocina carne. Pero te puedo hacer unas de garbanzos.

Caminamos al colegio sin hablar. No quiero dejar de ver a Joaquín. dios, si es verdad que existís te pido que hagas algo para que no volvamos a la ciudad. Ahora que soy tu hija merezco al menos ese favor. La abuela está mal, dice mamá. Le digo que se puso así porque el bebé se transformó en mujer justo antes de nacer. No, está enferma. Seguimos avanzando, las dos miramos el pasto como si la otra fuera invisible. No creo que la abuela esté enferma, ella es inmortal aunque no parezca.

12

Del Aire prometió ir a visitarnos. Después fuimos a saludar a mis compañeros. Joaquín no estaba. Constanza me regaló una flor seca que su mamá le había guardado adentro del cuaderno de ciencias naturales. Me pidió en voz baja que no le dijera a nadie lo de las revistas de su papá. Le dije que bueno y me obligó a jurarlo por dios. Hice la cruz con los dedos. Ella sonrió y me guiñó un ojo. Sos mi mejor amiga, dijo.

Los demás ni siquiera saludaron. Mamá le contó a la maestra lo de su nuevo trabajo mientras los varones le miraban el culo. Desde que usa calzas parece que tuviera dos pelotas de fútbol. Nos fuimos agarradas de la mano. Mamá me arrastró por el patio y se quejó de lo lento que caminaba. Las baldosas estaban manchadas con pintura celeste. En la puerta de la escuela había un mural que decía: 8 DE DICIEMBRE. FELIZ DÍA. A JESÚS SIEMPRE SE VA Y SE VUELVE POR MARÍA. En el medio flameaba una bandera con una virgen apretándose las tetas.

Mamá terminó de preparar todo mientras yo me bañaba. Salí de la ducha con los ojos ardiendo. Me puse una remera y fui para la tranquera con la toalla atada a la cintura. Quería saludar a Joaquín, pero no pude. Mamá estaba en la calle, cargando bolsos en la camioneta de la amiga. Dijo que no había tiempo, que estábamos apuradas. Le dije que era injusto y me apretó el brazo. Me dejé llevar como un animalito de circo. Me odié por no salir corriendo.

Fui al cuarto de mi prima a buscar mis cosas. Se levantó de la cama despacio para no despertar a la hija y se puso a revolver el cajón de las bombachas. Me dio un corpiño fucsia doblado como si fuera una carta. Más vale que vengas a ver a Mesías Milagros, dijo. Guardé el regalo en el bolsillo y le di un abrazo. Su olor a bebé me dio ganas de comer algo rico. Antes de salir, me acerqué a Parásita y le pedí que no creciera. Respondió apretándome el dedo gordo.

La abuela no quiso saludar. Le dolía mucho la cabeza. Bajó las persianas y se puso a tomar mate en un rincón. Mamá le dijo que se controlara la presión y ella la echó con el mismo gesto con el que saca a los perros. A mí me miró con una risa partida. Frunció el labio para el lado derecho y entrecerró un ojo. El resto de la cara estaba dura. Nena, no te olvides de pintarme, dijo. Tenía la voz rasposa. Me dio miedo. Salí sin decir nada, ella se quedó hablando sola. La yerba no es

para cualquiera, fue lo último que escuché.

Ahora la amiga de mamá me recibe con un paquete. Lo abro y adentro hay un teléfono miniatura. Para que no te aburras en el viaje, dice. Sonríe y tiene los dientes tan blancos que parecen de mentira. Dejo el aparatito en el asiento, no sé para qué lo quiero si ni siquiera Constanza tiene uno de esos. Mamá pone música. Alguien canta en inglés. La amiga dice que subamos las ventanillas, no hace calor pero igual enciende el aire acondicionado. Pateo su respaldo y ella aguanta sin decir nada. Sube la música. Vuelvo a patear. Adelanta el asiento, me mira y dice que soy bienvenida. Mamá también sonríe, me acaricia el pelo. Mi cara no debe ser la que esperaban porque la amiga se encoge de hombros y dice que está todo bien, es la edad. Mamá se rasca la oreja.

Miro por la ventana, estamos cerca de la casa de Joaquín. Intento bajar el vidrio pero no encuentro la forma. No vas a poder, son automáticas, dice mamá. Si abrimos se va todo el aire, mejor jugá con el celular. Trago saliva. Me quedo con la cara pegada al vidrio, esperando verlo aunque sea de lejos. Pero no está. Sólo alcanzo a ver los tractores por un segundo. Pasamos rápido. A la distancia parecen juguetes de plástico.

Avanzamos por la calle de tierra. La camioneta hace una nube de polvo. Escondo mis manos en los bolsillos del pantalón, clavo las uñas en el encaje del corpiño de mi prima. También encuentro unas hojas de menta que arranqué del suelo antes de subir. Las aplasto hasta que el verde me tiñe la piel. Apoyo la frente contra el vidrio polarizado y miro el cielo. Una nube sin forma nos persigue. La amiga acelera y se me forma un hueco a la altura del pecho. Al costado de la ruta hay un animal muerto. Mamá se tapa los ojos. Yo me quedo mirando la sangre, hasta que se transforma en una mancha negra y desaparece entre los autos.

¡Seguimos!